

3 de Enero
Epifanía del Señor

LA MANIFESTACIÓN DE DIOS

“¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!” Estas palabras del profeta Isaías inician las lecturas de este día. Son como el pórtico de una mansión llena con la luminosidad característica de esta fiesta.

Es que la Epifanía no sólo recuerda el episodio de unos Magos que vinieron del Oriente a adorar al niño nacido en el pesebre. Es también la fiesta que nos hace contemplar el futuro de Gloria que ese mismo niño trae para el mundo.

En efecto, nuestra vida transcurre entre gozos y penas. Se enfrenta a menudo con muchas dificultades que hay que superar. También hay en el mundo muchos males culpables o no. Pero esta fiesta viene a decirnos que, al final, una poderosa Luz terminará con todas esas sombras.

En efecto, como dice Isaías a continuación, “Las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos, pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti, y caminarán los pueblos a tu Luz; los reyes al resplandor de tu Aurora”.

Y como de costumbre en el texto bíblico, la realización de esta profecía se da en varios planos: por una parte, es la llegada de tiempos mejores para Israel después de su destierro en Babilonia.

Por otra parte, en un segundo plano, se anuncia la Luz que brota del pesebre con la llegada del Salvador. Más allá se apunta a un tercer plano: la Manifestación definitiva de la Gloria de Dios para un mundo transfigurado. Y finalmente, en un cuarto plano, se está llamando al continuo esfuerzo de los pueblos para hacer más humana nuestra tierra.

Inclinados ante el pesebre como los Magos que así recibieron la Epifanía del Señor, como un símbolo de la Manifestación del Señor a las naciones del mundo, nosotros quisiéramos también adorar al Salvador desde nuestra fe. Es decir, queremos decirle con todo nuestro corazón y con toda nuestra vida que, mientras esperamos su plena Manifestación, trabajamos con entusiasmo por construir un mundo que refleje por lo menos en parte, la Bondad y la Misericordia de Dios.

10 de Enero de 2010
El Bautismo del Señor

EL HIJO Y SERVIDOR DE DIOS

Jesús no necesitaba bautismo alguno. No necesitaba el de Juan Bautista que era una forma de pedir perdón por el pecado, y en él no se hallaba pecado. Menos iba a necesitar el Bautismo que empezó a partir de la resurrección del mismo Jesús por el cual se entraría en su Comunidad y se nacería a una vida nueva como “hijo de Dios”.

¿Para qué entonces este bautismo tan a menudo representado por el arte, en que se ve a Jesús dentro del río, recibiendo el agua que el Bautista derrama sobre su cabeza?

El Bautismo de Jesús viene a ser primeramente un acto de humildad del Mesías que se pone en la fila de los pecadores que él viene a salvar.

Es también una manifestación del mismo Mesías acreditado por el Padre, que habló desde el cielo y por el Espíritu que bajó en esa ocasión de un modo visible en forma de paloma.

Es por último, una imagen de nuestro propio bautismo por cuanto en él, nos habita el Espíritu, Y el Padre nos reconoce como hijos suyos adoptivos.

Todos estos diferentes sentidos quedan iluminados por las palabras del profeta Isaías que se lee en este día:

*“Este es mi siervo a quien sostengo,
mi elegido en quien me complazco.
He puesto sobre él mi espíritu,
Para que manifieste el derecho a las naciones”*

Cristo es ese siervo que, en otro texto de Isaías es descrito como un hombre que carga con los pecados de todos nosotros y es llevado hasta un extremo de sufrimiento. Es el Servidor de Dios y Servidor de los hombres, el Mesías que redime a la Humanidad con su sangre derramada.

En esta manifestación de Dios que el evangelista sitúa en la orilla del Jordán, la voz del Padre expresa que el hombre que sale del agua como los demás pecadores sin serlo, es su Hijo muy querido. Todos los relatos de los Evangelios, expresarán la entrega de Jesús para nuestra salvación y el testimonio del Padre a su favor, especialmente al resucitarlo de entre los muertos.

Es también una imagen de nuestro bautismo. En él, Dios nos amó y nos dio nueva vida en su Hijo, sin mérito alguno. Sólo porque nos amaba entrañablemente.

17 de Enero de 2010
2º Domingo durante el año

EL PASO A LA VIDA NUEVA

La escena de la Bodas en Caná, narrada por Juan en su Evangelio nos muestra el sentido profundo del acto por el cual fuimos redimidos, y en él, el papel de María la madre del Señor.

Jesús es invitado a unas Bodas con sus apóstoles. También estaba allí su madre. Hay que recordar que a menudo la Biblia presenta la Redención, y especialmente su escena final, como unas Bodas llenas de alegría y abundancia.

Ahora bien, precisamente en esa fiesta de Bodas, Jesús transforma el agua de las purificaciones judías, representativas de la religiosidad del antiguo Israel, en un vino abundante, significativo de alegría y nueva vitalidad.

Lo hace después de una advertencia de su madre que ha percibido la confusión de los novios: el vino se ha acabado. Jesús, hace ver que su Hora no ha llegado. Esa Hora que en el Evangelio de Juan significa el Acto redentor, su muerte en la cruz y su resurrección salvadora, aun no ha llegado, porque llegará en lo que Juan narrará en el capítulo 19 de su Evangelio, cuando esté Jesús crucificado, y su madre junto a él.

En este último momento, Jesús también llamará “mujer” a María como en Caná, aludiendo así a la primera pareja humana, el hombre y la mujer, tentados por el Maligno, y ahora redimidos por el segundo Adán y la segunda Eva.

Lo cual se realiza por la intervención de María que, después de advertir la falta del vino de la alegría, le dice a los empleados que hagan lo que Jesús les diga.

Entonces y sólo entonces éste adelanta simbólicamente su Hora y realiza, en signo, lo que se hará realidad en la Cruz.

En aquella cruz, estará también junto a su madre que ahora pasará a ser madre del discípulo amado, mientras este discípulo será a su vez símbolo de todos los discípulos, los que en adelante serán los hermanos de Jesús, hijos del mismo Padre.

Lo más simple es decir, que en las Bodas de la Humanidad, María estará allí. Y también estará cuando cada uno de nosotros sea llamado a dichas Bodas, pasando a través de su propia cruz.

24 de enero de 2010
3º Domingo durante el año

LA BUENA NOTICIA PARA LOS POBRES

El Evangelio de Lucas introduce la misión de Jesús con el episodio en la sinagoga de Nazaret donde Jesús lee una profecía de Isaías que va a ser como el esquema de su obra:

“El espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido para anunciar
la buena noticia a los pobres;
me ha enviado a proclamar
la liberación a los cautivos,
a dar vista a los ciegos,
a liberar a los oprimidos
y a proclamar un año de gracia
del Señor” (Is.61,1-2).

En aquella ocasión, después de cerrar el Libro, Jesús dijo: “Hoy se ha cumplido ante Uds. esta profecía”

Palabras llenas de sentido, pues con ello Jesús estaba diciendo que todo el Antiguo Testamento, toda la vida religiosa de Israel venía a tener su cumplimiento en él, en Jesús que abría paso a lo que llamaba “el Reinado de Dios” cuyo signo más expresivo será la liberación de los pobres. Cuando todos esos ciudadanos de segunda clase hayan encontrado su lugar y dignidad en una Humanidad fraternal, entonces estará dándose el Reino anunciado.

Por lo mismo será una verdadera fe en Jesús la que acoja la causa de los pobres, como causa de Dios. Será auténtica en la medida en que no admita el escándalo de las injusticias, desigualdades y explotación entre los humanos.

Desde esta perspectiva qué humano y realista nos parece el Mensaje de Jesús. No es sólo para satisfacer una espiritualidad mística y celestial, sino para hacer verdadero el amor al prójimo sobre todo al desvalido, nuestro hermano que se va quedando al margen de la mesa de la Humanidad.

31 de Enero de 2010
4º Domingo durante el año

EL REINO RESISTIDO

El Domingo anterior se leyó el trozo de Lucas en que Jesús exponía, a partir de un texto de Isaías, lo que podría llamarse su programa, centrado especialmente en el anuncio de la buena noticia a los pobres.

Este domingo continuamos la lectura del texto y ahí asistimos a la resistencia que opone a Jesús la gente de su propia aldea, símbolo del rechazo al Mesías, que llega como un hombre humilde, cercano a los pobres y pecadores. La reacción de esa gente de la sinagoga es representativa de la reacción de las autoridades judías oponiéndose al Mesías. Lo que Juan en su Evangelio expresará por esta frase: “Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron”(Juan 1, 11). Es la suerte de los profetas, esa que nos muestra Jeremías en la primera lectura de hoy:

“Antes de formarte en el vientre te conocí, antes que salieras del seno te consagré, te constituí profeta de las naciones. Pero ármate de valor, levántate y diles todo lo que yo te mande. No les tengas miedo...Ellos lucharán contra ti, pero no te vencerán, porque yo estoy contigo para librarte” (Jer. 1, 5, 17,19).

El anuncio de la buena nueva es penosa y peligrosa tarea para los que la anuncian, es motivo de condenación para los que la resisten y es gozo y esperanza para aquellos a quienes está dirigida: pobres, pecadores, enfermos, humildes de la tierra.

De ahí la necesidad para el cristiano de reavivar el mensaje de Jeremías, de renovar esa advertencia de que no será fácil anunciarle al mundo que debe rehacerse, que debe volver a construirse y poner sus muros sobre otras bases, no por lo tanto sobre las espaldas de los pobres de la tierra, sino sobre el encuentro que brota del amor fraternal.

Los perseguidos de todos los tiempos por causa del Evangelio han escuchado de algún modo estas palabras de la Misa de hoy: “No te vencerán, yo estoy contigo para librarte”. Y de ello han sacado la fuerza para llevar a cabo su tarea.

Así la debilidad se ha enfrentado al poder.

7 de febrero de 2010
5° Domingo durante el año

DIOS ES UN MISTERIO

Algunas personas han recibido en su niñez la imagen de un dios terrible y castigador. La idea de este Dios que atemoriza no se borra tan fácilmente. Pero no es ésta la imagen del Dios que nos muestra Jesús.

Éste nos presenta a Dios como a un Padre. Dice Jesús que los hijos pueden pedirle pan y Él no les dará una piedra. Pueden pedirle un pez y no les dará un escorpión.

De diversos modos todo el Evangelio nos está diciendo “No temas”, “Dios es tu Padre”.

Sin embargo, la misma Escritura nos muestra otro aspecto de Dios que no siempre se valora: Dios no es temible, pero es conmovedor, es grande, majestuoso, incomprendible. La criatura es nada frente a Él.

La primera lectura de hoy subraya esta dimensión de majestad y grandeza al describir la vocación del Profeta Isaías. Éste ve al Señor sentado sobre un alto trono, con un manto que llena el Templo, mientras los serafines cantan: “Santo, Santo, Santo”, el Templo se llena de humo y sus puertas se estremecen.

Ante esto, Isaías exclama: “¡Ay de mí, estoy perdido! ¡Yo, hombre de labios impuros que habito en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey y Señor de los ejércitos!”

No es miedo a Dios, sino una impresión religiosa muy honda, la experiencia de lo divino, de lo que sobrepasa lo humano. Dios es el trascendente, el Absoluto, el Otro. Es en ese sentido que decimos que es conmovedor.

Una experiencia semejante describe el Evangelio de hoy: Pedro, al ver el milagro de la pesca abundante realizado por Jesús, se echa a sus pies exclamando: “¡Apártate de mí que soy un hombre pecador!”

En ambos casos después de haber pasado por una sensación tan desconcertante, el Profeta y el Apóstol son enviados a una misión importante. Ya pueden referirse a Dios cuyo Misterio han experimentado personalmente.

Otro tanto tendría que ocurrir con nosotros. Nuestra modesta misión de irradiar el gozo que nos ha traído el Hijo de Dios, tendría que brotar de un corazón que adora la inmensidad de Dios.

La alegre confianza en un Padre lleno de amor y de perdón se completa y enriquece con la reverencia dirigida al Dios Altísimo.

14 de febrero de 2010
6° domingo durante el año

EL REINO DE LOS POBRES

A sus seguidores Jesús les promete la felicidad. Pero según sus propias palabras, tal felicidad se apoya en todo lo que el mundo estima difícil o penoso.

El Maestro declara dichosos a los pobres, a los que tienen hambre, a los que lloran y a los que son insultados.

¿Se trata de una exaltación del dolor como tal? Ello estaría en contra de la naturaleza humana, la misma que el Señor viene a salvar. Jesús no puede querer ese sufrimiento buscado por sí mismo.

¿Entonces? Lo que ocurre es que su mensaje contiene una fuerza peculiar para vivir la pobreza, la libertad y la alegría, en oposición a aquellas existencias que acumulan bienes, se enredan en ellos y caen en una esclavitud, muchas veces oculta, que oscurece el sentido último de la vida.

Frente al tesoro que trae Jesús todo palidece y pierde significación. Es ese tesoro que él llama “El Reino de Dios”. Ellos, los pobres, son los primeramente llamados, los invitados de honor al Reino del Padre, ese Reino que Cristo hace crecer cada día en los corazones humanos y que va a desplegarse en el futuro como luminosa participación en la Felicidad de Dios.

A los ricos les dice: “Ay de Uds. los ricos pues ya han tenido su alegría”. Nadie quiere reconocerse entre esos “ricos” aunque todos tenemos nuestros apegos a los bienes materiales. Y menos todavía se reconocen los verdaderos ricos de nuestra sociedad, aquellos que tienen de sobra y que podrían aliviar gran parte de la carga de los pobres.

Esos ricos escuchan imperturbables en la iglesia esta palabra de Jesús: “Ay de los ricos” y no caen en la cuenta que les concierne. Otros simplemente no tienen ocasión de escucharla y se van endureciendo como el corazón del faraón cuando Dios le ordenaba liberar a su Pueblo.

Es doloroso para todos, para el pobre y para el rico, que no se escuche este llamado del Señor o aquel otro de Jeremías que aparece en la primera lectura de hoy: “Maldito aquel que aparta de mí su corazón, que pone su confianza en los hombres...pero bendito el hombre que confía en mí, que pone en mí su esperanza”.

Tenemos que preguntarnos en qué ponemos en último término nuestra esperanza.

21 de febrero de 2010
1er. Domingo de Cuaresma

JESÚS TENTADO

Comenzamos a prepararnos para acompañar a Jesús en su Pasión dolorosa, en su Muerte redentora y en su gloriosa Resurrección. Es decir empezamos el tiempo en que nos hacemos cargo, con mayor conciencia, de lo vivido por el Hijo de Dios para nosotros, para nuestra salvación. Y con ello comprendemos mejor nuestra condición de cristianos, seguidores suyos.

La liturgia inicia este tiempo con una escena solemne y temible: Jesús es tentado como cualquier hombre. Jesús que sabe de humanidad porque ama, llora, pasa cansancio, padece hambre y sed, es ahora tentado por el demonio. Y no de cualquier forma sino en lo que constituye el núcleo de su misión: según el mandato del Padre debe entrar en la humillación del hombre pobre y sufriente, sin participar en su pecado, para llevarlo a la plena santidad y felicidad humana.

El Tentador le ofrece realizar milagros espectaculares, lo invita a mostrar un poder que lo haría ser admirado de todos, le promete hacerlo poseedor de la riqueza del mundo. Jesús rechaza todo eso, defendiéndose con la misma Palabra de Dios. Al hacerlo, nos muestra que su camino no es de poderío sino de pobreza y humildad.

Con lo cual nos invita también a nosotros a tomar la cruz con él y a creer que la fuerza de Dios se manifiesta en lo pequeño, en el servicio humilde, también en el dolor como el camino inevitable para purificar lo humano y hacerlo entrar en su vida gloriosa.

¿Cómo podemos nosotros aspirar a riquezas y glorias humanas cuando ha sido tan claro el ejemplo del Maestro? ¿Cómo vamos a explicar los motivos que tuvimos para buscar grandezas, riquezas, honores y poder cuando nos presentemos ante el juicio de Dios?

Todo lo cual nos hace calibrar lo que significa ser cristiano. Nos hace entender que no puede ser un adorno para hacer que nuestra vida sea más “moral”, más “espiritual” o más equilibrada.

No, ser cristiano es seguir sin más el camino de Jesús, llevando su cruz y no aspirando a otra recompensa por el momento, que amarlo con todo el ser.

En ese espíritu vivamos esta Cuaresma.

28 de febrero de 2009
2º domingo de Cuaresma

TRANSFIGURACIÓN

En la segunda lectura de este domingo, San Pablo nos recuerda lo que vamos a llegar a ser al término de nuestra carrera humana: “Estamos esperando que del cielo venga el Salvador, el Señor Jesucristo, que cambiará nuestro cuerpo miserable para que sea como su cuerpo glorioso”.

De esta realidad gloriosa nos habla el Evangelio al mostrarnos cómo el Señor permitió que sus discípulos más cercanos se asomaran fugazmente a esa realidad: “Mientras oraba, el aspecto de su cara cambió y su ropa se volvió muy blanca y brillante”.

Nos cuenta después que a su lado estaban Moisés y Elías, también rodeados de un resplandor glorioso”. Y agrega que los discípulos “vieron la Gloria de Jesús”.

Es imposible imaginar esta Gloria de Dios pues se trata de la Realidad misma de Dios, participada por la criatura humana. Todas las imágenes quedan cortas: brillo, resplandor, luminosidad, blancura. Y todas nuestras palabras insuficientes: Vida de Dios, Felicidad de Dios, Morada de Dios.

Sin embargo la Palabra bíblica nos hace fijar la vista más allá de lo cambiante, doloroso o perecedero para anhelar la felicidad pura de Dios.

Tal estado no es una conquista del esfuerzo humano, sino un regalo que nos ha alcanzado el Salvador. Él hará todo esto, como dice San Pablo “por medio del poder que tiene para dominar todas las cosas”.

También es verdad que así como la Transfiguración del Señor fue el resultado de su Pasión dolorosa, así nosotros vamos siendo transfigurados por el sufrimiento, las luchas, la misma Palabra de Dios, hasta que lleguemos a ser como Él.

San Pablo, en palabras de su carta a los fieles de Filipos que leemos hoy, los exhorta a permanecer fieles en el Señor. Recomendación válida para nosotros. Si queremos ser transfigurados, debemos mantener la fortaleza de nuestra esperanza en medio de los combates de nuestra vida.

Es verdad que sólo vamos siendo transfigurados por dentro, pero esa conversión interior nos entrega paz y nos permite entregar a otros algo de esa luz que el Señor nos regala gratuitamente.

La verdadera comunidad cristiana es una comunidad transfigurada.

7 de Marzo de 2010
3er. Domingo de Cuaresma

CONVERSIÓN A DIOS Y A LOS HOMBRES

En la primera lectura de este domingo encontramos a Moisés experimentando la presencia grande y hermosa del Dios vivo. Es la famosa escena de la zarza ardiente en que el Dios de Israel revela su Nombre y con ello, su afán de liberar a los hombres cautivos en Egipto.

“Yo Soy”, Dios de los patriarcas de Israel, envía a Moisés a salvar a su pueblo que sufre la opresión de parte de los egipcios.

Será la doble vertiente de la piedad de Israel en adelante: proclamar la realidad del Dios vivo y único ante las naciones por un lado. Por otro, servir a la libertad de sus criaturas, concretamente de su Pueblo.

También nosotros si nos mantuviéramos centrados en nosotros mismos, buscando sólo el éxito personal, no estaríamos conociendo al verdadero Dios. El encuentro con Él coincide con el llamado a procurar la salvación integral de nuestros hermanos.

Nuestra conversión, si es verdadera, implica simultáneamente la mirada de adoración al Dios vivo y la atención al hermano sufriente, que más tarde se mirará como imagen del Hijo de Dios sufriente.

El dolor de los hermanos llega hasta el Corazón de Dios. Cuando llega hasta nuestro propio corazón, empezamos a escuchar de verdad el Nombre del Señor.

En el Evangelio de hoy, le hablan a Jesús de una matanza ordenada por el Gobernador Poncio Pilato contra unos galileos que estaban ofreciendo sacrificios en el Templo. Jesús hace ver que los caídos en la masacre no eran más pecadores que otros.

Y a propósito de este hecho recuerda otro episodio sangriento y casual: los que murieron al caer la torre de Siloé no eran más culpables, “y si Uds. mismos no se vuelven a Dios, también morirán”

Estos acontecimientos de la vida de Jerusalén, tan tensa en su época como en la nuestra, le dan la ocasión para hacer ver la extensión del pecado que abarca a todos sin excepción, y la necesidad de convertirse, lo que él llama “volverse a Dios”.

Tengamos cuidado nosotros cuando juzgamos severamente a aquellos a quienes la opinión pública condena. De los males de la sociedad todos somos culpables por acción u omisión, y todos necesitamos pedir perdón y convertirnos al Dios que nos envía a lograr el cambio de los otros y a cambiar internamente nosotros mismos, amabas cosas como una sola realidad.

14 de Marzo de 2010
4º domingo de Cuaresma

EL CORAZÓN DEL PADRE

La parábola de la Misericordia llamada habitualmente del “hijo pródigo” nos sumerge en una meditación llena de asombro y de esperanza. Nos enseña a lo vivo cómo es el Corazón de Dios. Hay que leerla entera en el capítulo 15 de San Lucas y sentirla como nuestra propia historia.

Ahí aparece nuestro pecado, nuestra falta de fidelidad con el Creador Padre de nuestras vidas, la falta que cometemos livianamente sin medir sus consecuencias, nuestra ingratitud. Todo ello, en el hijo que se alejó de la casa de su padre llevándose la herencia.

Está también nuestra envidia, nuestra pretensión de ser más virtuosos que otros y la exigencia de ser reconocidos como tales. El desprecio por el caído. Todo ello, en el hermano mayor que no quiso entrar a la fiesta que se daba en honor de su hermano perdonado.

Y está sobre todo el padre, nuestro Padre que nos acoge, que olvida el mal que hemos hecho, que nos acepta mil veces y nos renueva el corazón. Basta que demos un paso pequeño de arrepentimiento y de confianza en Él para que el Padre dé una fiesta. Basta un mínimo movimiento interior y que llegue a nuestra conciencia la palabra “perdóname”, para que se desencadene su Misericordia.

Si así ocurre con los padres humanos, mucho más con el Padre de los cielos. Él nos quiere tratar como hijos aunque nos hayamos portado como malos siervos.

Y precisamente su Hijo Jesús se hizo Siervo en la cruz para que pudiéramos llamarnos con razón hijos de Dios. Gracias a Él hemos conocido la más profunda alegría para un ser humano, saberse perdonado y acogido en los brazos del Padre.

Las páginas del Evangelio nos han mostrado cuál es la inmensa ternura y delicadeza de Dios. Nos han enseñado que aquella larga historia de Amor que recorre la Biblia se nos hizo cercana y concreta en un corazón humano, el Corazón del mismo Cristo que, con sus hechos y palabras, nos contó en su misma vida la narración que comentamos.

A nosotros nos toca abandonar todo orgullo y suficiencia, toda pretensión de sentirnos apoyados en nuestras propias fuerzas, para llegar a confesar humildemente que somos pecadores perdonados y que nuestra confianza está puesta en el Corazón del Padre.

21 de Marzo de 2001
5º domingo de Cuaresma

UNA MUJER DESPRECIADA

Le traen a Jesús una mujer sorprendida en adulterio para que dé su opinión. La Ley mandaba que tales mujeres fueran apedreadas hasta la muerte. ¿Qué piensa Jesús?

Es una trampa para que se ponga en contra de la Ley y así poder acusarlo. Y al no hacerlo dirán que no hay tal bondad en Jesús como podría pensarse.

Jesús pide que el que se encuentre sin pecado tire la primera piedra. Los acusadores guardan silencio y empiezan a retirarse uno a uno hasta dejar a Jesús solo con la mujer.

Fue muy sabio el Señor al hacer ver que nadie está libre de culpa, y que si alguien no tiene tal o cual culpa tendrá otro pecado. Nadie puede ufanarse de ser virtuoso. Si no pecas es por pura bondad de Dios. No es mérito tuyo.

Con ello Jesús además exaltaba la dignidad de cada ser humano. Nadie es despreciable. Y no podemos juzgar cuando todos somos pecadores. Y también puso en alto la dignidad de la mujer, que en todos los tiempos ha sido considerada inferior, y en esto Israel no era una excepción.

Hasta en nuestra propia civilización parecería que el adulterio masculino fuera menos importante que el femenino. ¿Hay alguna razón natural o sobrenatural para esta diferencia?

Todos tendemos a ser fariseos en el sentido de sentirnos mejores y condenar con soberbia al que está en la cárcel, sintiendo que sólo ellos son merecedores de condena. No nosotros que somos personas correctas y honradas.

Sin embargo muchos delincuentes tienen más humanidad y finura espiritual que nosotros los que nos sentimos justos. ¿Qué sabemos de los motivos que llevaron a los que están en cárceles a cometer esos delitos? ¿Qué sería de nuestra “virtud” si no hubiéramos tenido la educación que recibimos o el cariño que nos rodeó en la infancia?

Jesús miró en esta mujer, a un ser humano débil, alguien que él venía a redimir y que su Padre amaba como se ama a un hijo enfermo.

Cuando quedaron solos dijo simplemente: “Mujer, ¿nadie te ha condenado? Y ella: “Nadie, Señor”. Luego la palabra sanadora de Jesús: “Tampoco yo te condeno. Anda y no peques más”

28 de Marzo de 2010
Domingo de Ramos

EL REY DE LOS HUMILDES

Jesús entra a Jerusalén como un rey, pero un rey humilde, rey de los pobres y despreciados, un rey montado en un burrito, rodeado de una multitud de gente sencilla que esperaba un nuevo reino.

Él había dicho: “Vengan a mí los que están cansados y agobiados que yo les daré descanso”. Esas palabras venían a cumplir lo que el Profeta dice en la primera lectura de este domingo: “El Señor me ha instruido para que yo consuele a los cansados con palabras de aliento”.

Para ejercer esta función consoladora, el Señor Jesús se dejó instruir por el Padre y entró en una misión que le significó muchos padecimientos. No fue un consolador lejano que no conociera el dolor del hombre. Tomó sobre sí el sufrimiento de todos y aprendió por experiencia a hacer la voluntad de Dios, pasando por la incomprensión, la traición, los azotes, la corona de espinas y todo lo que sabemos de su dolorosa pasión.

Con fortaleza y humildad no opuso resistencia a esa Voluntad divina para nosotros tan misteriosa:

“No me he resistido ni le he vuelto las espaldas.
Ofrecí las espaldas para que me azotaran.
Dejé que me arrancaran la barba.
No retiré la cara de los que me insultaban y escupían”

El Domingo de Ramos Jesús inició oficialmente este camino y nos dio en cada minuto de su pasión, un ejemplo de fortaleza que sostiene nuestra debilidad, porque nos da vigor internamente y nos pide acompañarlo con nuestra pequeña pasión de cada día.

Así entra a Jerusalén como un rey. Rey del sufrimiento. Rey de la esperanza, de la fe sin reservas en un Dios misericordioso.

Sigue Isaías en la primera lectura: “El Señor es quien me ayuda, por eso no me hieren los insultos, por eso me mantengo firme como una roca”.

¿Será posible que no me hieran los insultos? ¿Podemos permanecer serenos, firmes como una roca en medio de los vaivenes de la vida?, ¿también en el dolor y la humillación? Eso depende de que se afirme en nuestro corazón la certeza de que “es el Señor quien me ayuda” y que la pasión que conmemoramos en estos días es un hecho central y decisivo para nuestra historia personal y colectiva.

4 de Abril de 2010
Pascua de Resurrección

JESÚS RESUCITADO

Lo que ocurrió en la mañana de Pascua no fue sólo una secuencia de “apariciones”. Fue la irrupción de la Vida misma de Dios que se hizo presente y manifiesta en el hombre Jesús que acababa de morir.

De esa Vida desbordante los discípulos tuvieron una experiencia que los arrebató por entero, que les cambió su visión de las cosas y el sentido de sus vidas.

Más adelante, por el impulso y la inspiración del Espíritu de Dios, pudieron dar cuenta de esta transformación y anunciaron la vida nueva que llegaba para ellos y para el mundo entero.

De ahí esta celebración gozosa en que los cristianos reviven la conciencia del regalo que han recibido: por un lado el perdón definitivo del pecado, permanente aflicción del ser humano, y por otro, la participación de la vida divina, realidad y promesa de felicidad, expresión extremo del Amor.

La primera lectura de la Misa de hoy nos muestra a Pedro predicando públicamente su fe en Jesús. Para lo cual recuerda la vida y obra de Jesús de Nazaret, “Ungido por Dios”. En seguida afirma que lo mataron colgándolo en un madero y que fue visto por testigos que hasta comieron y bebieron con él.

Finalmente expresa que ellos, los apóstoles han recibido el encargo de parte de Dios de anunciar que este Señor que es el juez de vivos y muertos, obtiene el perdón de los pecados para quienes creen en él.

De aquellos momentos de la primera generación y de palabras como las pronunciadas por Pedro y muchos otros, vive la comunidad cristiana desde hace siglos reafirmando que Cristo ha resucitado y que ello es una buena noticia para todos.

También nosotros los cristianos de hoy recibimos esta preciosa noticia y procuramos hacerla carne en nuestras vidas, en la medida en que éstas están dedicadas al servicio de los demás.

Es que la forma de tener vida es dar vida. Como Jesús, que la dio en la Cruz para todos nosotros y nos enseñó tantas veces a amar entrañablemente a nuestros hermanos.

Celebramos con alegría todo esto en la Fiesta de hoy que es el centro de todas las fiestas cristianas.

11 de abril de 2010
2º Domingo de Pascua

LA FE EN EL RESUCITADO

El Evangelio que se lee en la Eucaristía de hoy nos muestra a una comunidad, la primera comunidad de discípulos, encerrada y temerosa. Jesús aparece en medio de ellos y les desea la paz.

Les muestra sus manos y su costado y los envía al mundo, entregándoles el Espíritu Santo y el poder de perdonar pecados.

A menudo también nuestras actuales comunidades de cristianos están encerradas en sí mismas por temor o pereza. El Cristo que viene en la Eucaristía nos regala su paz, reaviva la fe en que el que fuera traspasado por los clavos está vivo entre nosotros y nos hace sentir el impulso del Espíritu para llegar a nuestros hermanos a colaborar en un mundo de fraternidad y perdón.

Para sanar nuestra fe vacilante el Evangelio nos narra el episodio de Tomás, un discípulo que no estaba presente en la visita de Jesús a los apóstoles y que se niega a creer mientras no vea y toque el Cuerpo del Resucitado.

Esta escena viene a decirnos, entre otras cosas, que la fe no se refiere a lo que es claro y evidente a los sentidos. Las palabras de Jesús, dirigidas a Tomás después de haberlo invitado a tocar sus llagas, parecen tener el carácter de un reproche por su falta de fe y ser un aliento para todos los creyentes, especialmente los que habrían de venir después, acogiendo la predicación del Evangelio: “¿Has creído porque me has visto? Dichosos los que han creído sin haber visto”.

Esos que han creído sin haber visto con sus ojos corporales, han visto con su corazón, han visto con el amor, han visto con el Espíritu que les ha sido dado para mirar a Jesús y sentirse mirados por él.

¿Acaso no necesitamos todos esa Fuerza del Espíritu para distinguir en nuestro mundo herido y traspasado a aquel que es la Vida y la Dicha para el hombre?

Este año en que nuestro país ha sido golpeado por la adversidad y en que nuestra diócesis quiere estar particularmente atenta a los pobres y excluidos, necesitamos una fe que vaya más allá de lo que sentimos espontáneamente, una fe que descubra en el pobre a Cristo hambriento, encarcelado o sin casa. Así como Tomás le dice a Jesús “Señor mío y Dios mío”, digámosle al pobre con nuestra actitud: “tú eres mi señor a quien quiero servir”.

18 de Abril de 2010
3er.Domingo de Pascua

¿ME AMAS?

El Evangelio de este día nos narra un encuentro de los discípulos con el Señor resucitado.

Un grupo de ellos había salido a su trabajo habitual, la pesca en el lago. Pero la pesca fue un fracaso. No pescaron nada. Era como un signo de lo que estaban viviendo esos días sin el Maestro, es decir en la oscuridad y la incertidumbre.

Al amanecer, el mismo Jesús les habla desde la orilla. Les indica que tiren la red hacia la derecha e inmediatamente ellos recogen una gran cantidad de peces.

Cuando bajan a tierra, el Señor los espera con fuego, pescado y pan, y los invita a comer. Entre tanto los discípulos se atreven a preguntarle “quién eres”, porque dice el Evangelio, “sabían que era el Señor”.

Después de comer Jesús dijo a Simón Pedro: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?. Pedro le responde: “Sí Señor tú sabes que te amo”. Jesús le dice: “Apacienta mis corderos”. Y por dos veces más le hace la misma pregunta.

La celebración de este domingo es un buen momento para dejar que en nuestro interior se escuche esa misma pregunta de Jesús: “¿tú me amas?”.

¿Podremos responderle afirmativamente como Pedro? A éste, Jesús le hizo la pregunta tres veces, porque tres veces lo había negado en la última cena. ¿Cuántas veces tendría que preguntarnos lo mismo a nosotros?

También nos encargaría la preocupación por sus ovejas. Y ¿de dónde viene esta preocupación por las ovejas? Simplemente Jesús las ama, son suyas, por ellas ha dado la vida. Espera que nosotros hagamos otro tanto.

No podemos separar el amor de Jesús de la preocupación por las ovejas. Jesús no separa el amor a Dios del amor a las ovejas. ¿Será así entre nosotros? ¿Puede decirse que nuestras comunidades cristianas, en su caminar de cada día, vibran con un vivo amor por Jesús y por lo tanto, por sus hermanos?

Una cosa debiera traer a la otra. Si salimos de nuestras eucaristías encendidos de amor a Jesús, estaremos por entero junto al pobre y al enfermo, junto al que no conoce al Señor o no tiene consuelo. Entonces tal vez podamos decirle al Señor: “Sí, de verdad te amamos”

25 de Abril de 2010
4° domingo de Pascua

PASTORES PARA EL PUEBLO

Dios, el Padre de Jesús, es el Pastor de su Pueblo. Pero ha entregado a su Hijo hecho hombre la “vocación” de ser el inmediato pastor de todos sus hijos.

Lo ha “llamado” para estar cerca de todo hombre y de todos los hombres, le ha encomendado la tarea de pastorear a cada uno, le ha encomendado la de conducirlo con cariño por caminos escarpados hasta la vida eterna.

En el Evangelio de hoy Jesús les dice a los que lo rodean: “Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen”. Estas expresiones de Cristo nos revelan la particular relación del único Pastor con sus ovejas. Las ovejas “escuchan” al pastor. Su “voz” es reconocida y querida. Ellas le siguen porque adivinan que les dará agua fresca y buenos pastos. Los seguidores de Jesús saben que les dará Vida eterna.

Tarea tan inmensa de pastorear a todos los hombres por caminos de vida sólo puede ser abordada por aquél que tomó sobre sus hombros la Cruz de la Humanidad y regresó al Padre comunicándole a esta misma Humanidad la Felicidad verdadera.

Cristo ha llamado también a sus seguidores a ser pastores en su entorno, y entre estos seguidores a su vez, ha escogido a algunos para que dediquen su vida entera y su ser entero a pastorear a los creyentes y a anunciar la buena nueva a los no creyentes, especialmente a los pobres.

Estos pastores del rebaño de Cristo han de parecerse al Pastor principal, han de llevar humildemente la voz de Jesús, han de conocer a las ovejas con un corazón como el de Cristo, han de facilitar que las ovejas sigan al Señor. Para tal tarea reciben una “vocación”, es decir un llamado del mismo Jesús que los invita a trabajar con él.

Hoy se pide a todo el mundo que Dios haga surgir en muchos, este llamado singular. La Iglesia de Valdivia ora especialmente por esta intención, ya que está muy necesitada de más pastores para anunciar mejor el Evangelio, para partir el pan de la Palabra y el pan de la Eucaristía, fuentes de vida eterna.

La Comunidad eclesial le pide al Señor que regale esta vocación a muchos jóvenes y que imprima en sus sacerdotes un corazón como el de Jesús que miró con cariño a su pueblo y se dio entero a él.

2 de Mayo de 2010
5° Domingo de Pascua

AMOR DE DISCÍPULO

Al leer los Evangelios, especialmente el de Juan, empezamos a comprender lo más propio del amor que pide Jesús a sus seguidores.

No se trata de cualquier amor humano, sino el que Dios tiene, el que Él entrega en abundancia, el Amor en que Dios consiste. Ése es el amor que impregna a toda la comunidad gozosa y esperanzada que vive en torno al Resucitado.

Es el amor que mostró Jesús cuando dio su vida con extrema generosidad. Es el que regala a sus discípulos. De ese amor vive la comunidad. De allí brota el misterioso vínculo entre los hermanos que se ven interiormente transformados y quedan estrechamente unidos por Jesucristo al Padre en el Espíritu Santo.

No es un mandamiento más que se recibe desde fuera. Es la esencia misma de la vida cristiana. Es la ración de ser del bautizado que acude a la mesa eucarística para expresar ese vínculo y reforzarlo en la comunión con el Sacrificio de Cristo.

De todo ello resulta un convivir fraternal en la alegría, en el compartir los bienes, en sufrir y gozar con el otro, llevando cada uno las cargas de los demás.

Cuando nos damos la paz en la Eucaristía estamos manifestando con ese gesto nuestra decisión de vivir como hermanos y poner paz a nuestro alrededor. Este signo sacramental así como el de comer el mismo pan, debería llevarnos al gesto real de servir al hermano en la vida cotidiana.

Uno puede imaginarse lo diferente que sería el mundo si el Evangelio hubiera penetrado de verdad hasta el fondo de los corazones y de la sociedad. La injusticia que pesa sobre los pobres, en un mundo que parece estar construido para que unos pocos disfruten de los bienes de la tierra mientras la mayor parte obtiene difícilmente el pan de cada día, nos hace sentir en lo vivo que se ha escuchado poco el mensaje de Jesús que se lee este domingo: “Como yo los he amado, así ámense unos a otros” y aquella otra palabra: “Por el amor que se tengan, reconocerán todos que son discípulos míos”.

Estas palabras del Señor contienen un desafío muy serio para los cristianos. Como si dijera: “si de veras Uds. sienten que son discípulos míos, demuéstrenlo no sólo con palabras sino con sus vidas. Entonces la gente creerá en mí”.

9 de Mayo de 2010
6° Domingo de Pascua

EL ESPÍRITU DEL RESUCITADO

Jesús nos promete un abogado defensor, el Espíritu Santo que el Padre envía en nombre del mismo Jesús.

Es el Espíritu que nos trae la intimidad de Dios. Gracias a Él, Dios no es una realidad externa y lejana, sino Alguien que nos es más interior que nosotros mismos.

Todo lo que Jesús hizo y enseñó en su paso por la tierra, es recordado y actualizado en nosotros por el Espíritu. Y todo lo que nosotros vamos haciendo en nuestro paso por la tierra, va siendo fundido por el Espíritu con la vida de Cristo, de tal modo que cada uno puede decir con San Pablo: “No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”.

Lo que llamamos la “vida cristiana”, esto es la fe, la esperanza, el servicio al prójimo, las celebraciones de la fe, nuestro esfuerzo por ser mejores, todo ello no es fruto sólo de nuestras decisiones voluntarias, sino que tiene su raíz última en la vida que el Espíritu hace brotar en nosotros.

Cuando acogemos la Palabra de Dios,- nos asegura el Evangelio de hoy,- el Padre viene con Cristo a vivir en nosotros. Se entiende con el Espíritu Santo que trae hacia nosotros al Padre y al Hijo. De modo que nunca estamos solos, nunca definitivamente abatidos, nunca sin esperanza.

Aquí está el secreto de la verdadera paz. Es una paz que sólo Dios puede dar. Jesús nos exhorta a no tener angustia ni temor. Tal serenidad no puede venir de nuestro propio esfuerzo, sino del Espíritu.

A causa de nuestro desvalimiento y finitud, somos unos pobres que necesitan un abogado de gracia para que nos visite Dios y nos llene con su paz. Con aquella paz que, en el mundo bíblico, significa el conjunto de los bienes que hacen la felicidad humana.

Estos días pascuales son los indicados para saborear con gratitud los bienes de Dios, para apreciar la abundancia de su bondad y aspirar con mayor anhelo a la plenitud que viene del Espíritu.

Ser “espirituales” no significa mirar en menos los bienes de este mundo, sino sentir que están atravesados por un Amor más grande y una luz más brillante: es el Amor que brota del Padre, pasa por el Corazón de Jesucristo y se derrama en nosotros por obra del Espíritu Santo.

16 de Mayo de 2010
Ascensión del Señor

LA GLORIA DE CRISTO

El Evangelio que se lee en este día nos entrega un resumen del Mensaje de Jesús. Un verdadero Credo en el lenguaje del Nuevo Testamento: “Jesús les dijo a los discípulos: estaba escrito que el Mesías tenía que morir y resucitar de entre los muertos, y que en su nombre se anunciaría a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén, la conversión y el perdón de los pecados. Uds. son testigos de estas cosas. Por mi parte, les voy a enviar el don prometido por mi Padre. Uds. quédense en la ciudad hasta que sean revestidos de la fuerza que viene de lo alto”.

En este resumen vemos lo esencial de nuestra fe. No es necesario buscar nuevas revelaciones ni entusiasmarse con todo lo sensacional, lo novedoso, extraño o esotérico. El centro de nuestro Credo es la Pascua de Cristo, esto es, su Muerte y Resurrección que nos envuelve a todos en un proceso de dolor, muerte, conversión y perdón para llegar a la vida nueva y a la Gloria de Cristo de la cual participaremos después de haber recibido la Energía del Espíritu Santo.

Esta Gloria en que se encuentra Cristo después de haber sufrido, es el objeto principal de la fiesta de la Ascensión. Su realidad humana, sin dejar de ser humana, se encuentra sumergida en la luz de Dios. Pero no está sola. Con Cristo sube toda la Humanidad transfigurada. Ésta es la meta, el fin de todos nuestros trabajos. Al final del Evangelio de hoy se alude a la entrada de Cristo en su Gloria. Mientras tanto, los discípulos regresan a la vida ordinaria, vuelven también a los afanes de la predicación y a ser objeto de persecuciones. Con todo, van llenos de alegría, nos dice el texto. Es que son portadores de una fe cierta, de una esperanza viva y de un Amor que el Espíritu Santo ha sembrado en sus corazones. La Gloria de Cristo no es sólo el final, es la luz interior que lleva consigo el creyente. Ella ilumina los quehaceres del hombre y de la sociedad, los anhelos de una vida más digna y justa para todos, el crecimiento de las naciones y las búsquedas de la ciencia. Es la misma luz que resplandece en el corazón de los santos. La imagen visual de Cristo subiendo al cielo es el símbolo de esa plenitud.

En este día comienza la Semana de la Unidad de todos los cristianos. Sigue siendo doloroso que nos encontremos separados con tantas iglesias que tienen el mismo Credo y participan de igual esperanza. Nuestra oración de estos días ruega, como lo hizo Jesús, que todos seamos Uno, como el Padre y Cristo son Uno.

23 de Mayo de 2010
Domingo de Pentecostés

EL GRAN REGALO

En esta fiesta de Pentecostés, al recordar que el Espíritu fue dado con abundancia a la Iglesia naciente, nos conviene reavivar la experiencia de este Huésped que nos llena con su luz y su alegría cuando le permitimos actuar, cuando pedimos su presencia, cuando reafirmamos nuestra fe en Él.

Tener fe en el Espíritu Santo equivale a reconocer que el tejido de nuestra vida no brota sin más de nosotros. Hay un Principio superior, hay un Amigo íntimo y misterioso que nos conduce e incorpora a la Comunidad del Resucitado para anunciar al mundo las maravillas de Dios, la Noticia de la Salvación en Cristo.

Equivale a decir que somos amados desde siempre, antes de que nosotros fuéramos capaces de conocer y amar. Es reconocer que una Llama de Amor viva está siempre procurando entrar en nuestro corazón. Si quitamos los obstáculos y le damos entrada, nuestra vida resplandecerá habitada por el Dios que nos santifica con su presencia.

El día de Pentecostés la pequeña comunidad de Jerusalén se conmovió con ese gran Regalo que la llenó de gozo y la impulsó a anunciarlo a todas las naciones. Ese día de Pentecostés no ha terminado, continúa hoy y siempre dando vida a la Iglesia que, sin el Espíritu Santo, sería una fría organización burocrática o una institución moralizante.

El Espíritu le da a la comunidad de los discípulos de Jesús la capacidad de renovarse siempre, de convertirse cada día para mirar el Mensaje del Señor con ojos nuevos y asimilar lo que el mismo Espíritu le va enseñando a través de los acontecimientos.

El Espíritu mueve misteriosamente las fuerzas presentes en la Historia para conducir a la Humanidad a su fin, a través de muchas dificultades y tribulaciones.

El Espíritu le concede a la comunidad el gozo, la paz, el consuelo de las Escrituras, la fuerza en las persecuciones.

El mismo Espíritu está continuamente produciendo el milagro de la santidad en la Iglesia. Signos de su presencia son Teresa de Calcuta, Alberto Hurtado, Teresa de los Andes y tantos otros santos reconocidos o anónimos que van surgiendo en nuestro mundo.

El Espíritu no tiene por qué ser el gran desconocido. Su presencia es cercana y tangible.

30 de Mayo de 2010
Fiesta de la Santa Trinidad

EL MISTERIO DE DIOS

La Trinidad no es un invento de los teólogos ni una rareza de los catecismos. Es la realidad del Misterio insondable de Dios expresado por el mismo Jesús y predicado por los más antiguos Padres de la Iglesia.

He aquí lo que nos dice Jesús: “Cuando venga el Espíritu de la Verdad, él los introducirá en toda verdad”. Jesús dejó un Mensaje que fue recogido por sus seguidores, predicado a los pueblos, consignado en las Escrituras. ¿Qué agrega entonces la acción del Espíritu Santo? El Espíritu adentra ese Mensaje en el corazón del cristiano y de la comunidad. Él hace que su verdad sea “nuestra verdad”, interioriza la predicación de Jesús y nos permite vivirla.

Continúa Jesús en el Evangelio que se lee hoy: “Él me glorificará porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a Uds.” Es decir, el mismo Espíritu que brota del Cuerpo de Cristo resucitado, mostrará el resplandor de Cristo, su Gloria, su triunfo sobre el pecado y la muerte. Jesús dice “recibirá de lo mío”, porque el Espíritu que la Iglesia recibe proviene de Cristo. Por eso es válido lo dicho por el Señor “recibirá de lo mío”. Pero a la vez ese Espíritu recibirá todo el Padre, porque, agrega Jesús,: “Todo lo que es del Padre es mío”. En otras palabras el Espíritu Santo procede del Padre a través del Hijo.

A través del Hijo, “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado”(2ª lectura de hoy).

Así el Misterio de la Trinidad no sólo ha sido expresado por Jesús hasta donde puede hacerse con el lenguaje humano. Además ha entrado en el tejido más íntimo de nuestras vidas y de nuestros destinos. Literalmente nos movemos en la Trinidad que es el medio natural del cristiano aunque todo ello quede oculto a los ojos de la carne y sólo patente a los ojos de la fe.

La Revelación de la Trinidad nos sumerge en una adoración profunda por la cual reconocemos la Grandeza divina y la Fuerza de su Amor por nosotros. Nos hace tomar conciencia de nuestra indigencia ante ese Amor que nos busca y que nos es ofrecido, y a la vez conciencia de nuestra dignidad humana porque hemos salido de la profundidad del querer divino y estamos destinados a vivir ahora y siempre en esa Luz divina en la que ya participamos por la fe y constituirá nuestra Felicidad eterna.

6 de Junio de 2010
Corpus Christi

PAN DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Jesús entregó una gran cantidad de panes a una multitud pobre y necesitada.

Lo hizo a través de signos característicos: mirar al cielo, bendecir, partir y repartir. Así fue también en la cena final de su vida mortal. Así lo hizo también en las comidas que, como Resucitado, tuvo con sus discípulos. Tales cenas son el origen de nuestra actual Eucaristía, la cena de los cristianos.

Comer es un gesto básico de los cristianos. Hacerlo con sus semejantes es realzar la fuerza de unidad de un grupo y reconocer la solidaridad fraternal entre los hombres.

Al mirar al cielo y dar gracias, Jesús estaba reconociendo que, como todo don, el alimento viene del Padre. Así la comida, por una parte, remite a Aquel de quien procede la Vida, y, por otra parte, nos une con los hijos de ese Padre, comensales de la misma Cena de la Vida.

Quisiéramos que nuestras Eucaristías fueran verdaderas. Es decir, reflejaran la realidad de nuestro mundo, no ocultaran la injusticia y desigualdad en que vivimos. Ellas mismas, las Eucaristías o Misas, tendrían que ser llamados a la fraternidad y a la justicia; tendrían que ser denuncias del pecado mundial por el cual permitimos que, junto a tanto progreso material, persista el hambre y la pobreza.

De ahí que en cada Misa, no sólo alimentamos nuestra propia vida espiritual como un gozo personal, sino que nos fortalecemos para hacer todo el esfuerzo posible por lograr un mundo mejor junto con los pobres y para ellos.

La imagen del Señor repartiendo los panes nos hace pensar en un mundo de hermanos, en que nadie tenga necesidad extrema y nos impulsa a imitar la generosidad de Dios.

El pan eucarístico es así un pan de Dios que tiene una doble dimensión: es la cena en que los cristianos se unen con el sacrificio salvador de Jesucristo, y es el llamado a los cristianos y a todos los hombres a compartir su pan con el hermano. Sólo en esta doble dimensión es legítimo celebrar la fiesta de la Eucaristía.

Por eso es pan de Dios y pan de los hombres. Pan que viene de lo alto y pan que se entrega al hermano.

13 de Junio de 2010
11° Domingo del Tiempo ordinario

EL AMOR BORRA EL PECADO

La primera lectura de hoy nos cuenta un grave pecado del rey David. Deseando a la mujer de Urías, uno de sus capitanes que luchaba en la guerra, David se unió a ella y la dejó embarazada. Para ocultarlo, logró que a Urías lo pusieran en lo más peligroso del combate donde murió, lo cual le permitió a David apoderarse de su esposa.

El profeta Natán le enrostra este pecado diciéndole: “¿Por qué has despreciado al Señor haciendo lo que le desagrada?” y le anuncia los mayores males como castigo. “David reconoció el mal que había hecho ante Natán y le dijo: He pecado contra el Señor. Entonces Natán le respondió: El Señor perdona tu pecado”.

Esta realidad del perdón de Dios anunciado en el Antiguo Testamento, es profundizada y extendida por la enseñanza de Jesús. Un caso típico es su encuentro con una mujer, pecadora reconocida, en casa de un fariseo llamado Simón. Esta mujer, al saber que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un perfume, se puso a los pies de Jesús, y llorando comenzó a humedecer con sus lágrimas los pies de Jesús y a enjugárselos con sus cabellos, mientras los besaba y los ungía con el perfume.

El fariseo dueño de casa se sintió escandalizado en su interior, porque Jesús se dejaba tocar por una pecadora. Pero Jesús le contó el caso de dos deudores que le debían a un prestamista, uno de ellos diez veces más que el otro, y a ambos le perdonó su respectiva deuda. Luego le preguntó al fariseo: “¿quién de ellos lo amará más?”

Contestó Simón: “Supongo que aquél a quien perdonó más” “Así es” le dijo Jesús. Y en seguida le hizo ver que él, el fariseo, había omitido todos los signos de hospitalidad que se usaban: dar agua para lavarse los pies, el beso de la paz, ungir la cabeza con óleo. En cambio la mujer había hecho todo eso.

Luego dijo a la mujer: “Tus pecados quedan perdonados”.

Los invitados se admiraron de que se atribuyera el poder de perdonar pecados. Pero Jesús dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”.

Maravillosas palabras para una mujer que había vivido en el pecado. Tales palabras nos hacen ver que Jesús no considera que el pecado se borre con el esfuerzo y el dolor voluntario sino con el amor. El Corazón de Cristo ama al pecador y éste, al creer en tal amor, queda perdonado.

20 de Junio de 2010
Domingo 12° del Tiempo ordinario

UN MESÍAS SUFRIENTE

Un día Jesús preguntó a los discípulos quién pensaba la gente que era él. Ellos le contestaron indicándole el nombre de varios profetas. Tales nombres le eran atribuidos por la gente en Galilea y en Judea.

En seguida les preguntó qué pensaban ellos mismos: “¿Quién dicen Uds. que soy yo?”

Había un misterio en la personalidad de Jesús. Sus obras y palabras, su modo de ser mostraban que no era un hombre corriente. Pedro tomó la palabra en nombre de todos y dijo: “Eres el Mesías de Dios”. Es decir eres el Mensajero que Dios envía a liberar a Israel.

Jesús reaccionó sin negar este nombre, pero se apresuró en dejar claro que su mesianismo no era el de un líder político que iba a conducir al pueblo a su triunfo sobre los invasores ni era el que anunciaba una vida fácil y exitosa.

Por el contrario dijo: “El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos y los escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día”.

De modo que el destino del Mesías era anunciado como un camino doloroso y humillante.

Es el momento que Jesús aprovecha para señalar que el destino de sus seguidores tampoco será más cómodo y fácil: “El que quiera seguirme que se niegue a sí mismo que cargue con su cruz cada día y me siga”.

Negarse a sí mismo equivale a no ponerse como el centro de las preocupaciones. El centro del discípulo es Jesús y el prójimo.

Cargar la cruz no es buscarla, pero sí es aceptar por amor el sufrimiento que venga por ser fiel al mensaje de Jesús.

Seguir a Jesús será llevar en el alma su misma inquietud por el Reino, su mismo amor por los pecadores, su compasión por el pobre y el débil, en fin no apegarse a este mundo que pasa y tener el corazón en la Voluntad del Padre

Finalmente el Señor le dice a sus discípulos y a nosotros, que no hay que salvar la vida si esto significa instalarse en este mundo y su atracción, como en la casa definitiva, sino “perderla” entregándose al servicio de los hermanos para salvarla en la Resurrección futura.

27 de Junio de 2010
13° domingo del Tiempo ordinario

EXIGENCIAS DEL REINO

San Lucas nos cuenta la decisión firme de Jesús de ir a Jerusalén, la capital religiosa y política de Israel, un lugar muy peligroso para él. En este caminar hacia la ciudad santa se van sucediendo encuentros y acontecimientos que nos permiten, a través de la obra del evangelista, conocer mejor a Jesús y su mensaje.

Uno de estos episodios es la llegada de la comitiva a una aldea de Samaria, (región enemiga de los judíos), para alojarse. Pero los samaritanos no los recibieron porque iban a Jerusalén.

Dos discípulos enojados por este desaire quieren que baje fuego sobre dicha ciudad. Pero Jesús los reprende. Su paso no es de un guerrero sino una oferta de amor. Su Reino no se defiende con las armas ni arremete con la violencia.

Más adelante un hombre pide seguirlo. Jesús reitera las dificultades del Reino y por lo tanto de sus mensajeros. Quizás esta persona se ilusionaba con un buen pasar al lado de Jesús, o pensaba en una prosperidad futura una vez establecido el Reino.

Jesús lo trae a la realidad y le hace ver que si los pájaros tienen sus nidos, él no tiene dónde reclinar su cabeza.

Cuando se encuentra con otro, es el mismo Jesús el que lo llama: “sígueme”. El otro quiere dilatar este imperativo llamado pidiendo ir a enterrar a su padre. La respuesta es dura y sorprendente: “Deja que los muertos entierren a sus muertos. Tú vete a anunciar el Reino de Dios”.

Es que el Reino es el tesoro, es aquello por lo que hay que dejar todo. Todo debe postergarse para seguir a Jesús que le da validez a nuestra vida.

Otro le dice: “Te seguiré pero déjame primero despedirme de mi familia”. La respuesta no es menos radical: “El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el Reino de Dios”.

Todo ello para enseñarnos que el Reino pide un desprendimiento absoluto para entregarse al servicio del Reino. No valen medias tintas. El Amor absoluto de Dios nos llama a una respuesta absoluta de amor.

Y la paradoja está en que ése es un camino de felicidad verdadera. Jesús no quiere nuestra desgracia. Él sabe que el amor al Padre del que hemos salido y al cual vamos, es fuente de profunda alegría.

4 de Julio de 2010
14° domingo del Tiempo ordinario

ANUNCIADORES DEL REINO

En el Evangelio de este domingo Jesús designa a otros 72 discípulos, además de los Doce y los envía a los lugares adonde él debía llegar. La noticia principal que estos predicadores itinerantes debían comunicar será “el Reino de Dios ha llegado a Uds.”

Puede parecer extraño que el Reino de Dios no sea el cielo, sino algo que se mueve y llega con los discípulos. Así es en efecto, como lo muestra el Señor en su Evangelio: el Reino está dentro de nosotros, está entre nosotros, es algo que viene cuando pedimos “Venga tu Reino”. El Reino es también como una pequeña semilla que crece en la oscuridad. O como un grano de mostaza que se convierte en un gran árbol. Todavía más, como un tesoro que merece venderlo todo para ser adquirido. Es un poder de sanación, de consuelo, de paz.

Tal Reino que es una forma de vivir y un regalo de Dios, ese Reino que es un tesoro presente y felicidad prometida para el futuro, llega con la persona de Jesús cuando lo proclama, se realiza cuando Jesús acepta morir para derrota del pecado, y resucitar para que empiece una nueva vida en todo ser humano que lo acoge.

Es posible que muchos cristianos no sospechen el tesoro que llevan consigo. Tal vez no saben que son portadores de un Reino del cual debemos dar testimonio ante la gente de este tiempo, proclamando lo que ya tenemos y anunciando lo que tendremos cuando ese Reino, por el momento oculto, se desarrolle y se despliegue con toda su fuerza.

Bajo esta perspectiva nos conmueven las palabras de Isaías en la primera lectura de hoy:

“Como un hijo a quien consuela su madre, así yo los consolaré.
Por Jerusalén serán Uds. consolados.
Cuando vean todo esto, les saltará de gozo el corazón.
Y su cuerpo rejuvenecerá como la hierba.
La mano de Yavé se dará a conocer a sus servidores,
y su enojo a sus enemigos”.

Así viene ese Reino a llenar de consuelo y esperanza a todo ser humano, también al afanado y complicado de nuestro tiempo. Con el Reino llega, si lo acogemos, el perdón y la justicia, la alegría y la bondad, sobre todo el Amor y la Fidelidad del Padre.

11 de Julio de 2010
15° domingo del Tiempo ordinario

EL BUEN SAMARITANO

No parece que Dios nos pida hacer a cada momento actos fuera de lo común. Por el contrario, el llamado a vivir el amor cristiano se da en lo cotidiano, sin estridencias, en nuestro camino por la vida.

Así fue en el episodio que trae el Evangelio de este día. Jesús contó la parábola llamada del buen samaritano respondiendo a un perito en la Ley de Moisés que preguntaba qué debía hacer para obtener la vida eterna. Jesús le contestó con el precepto que dice “Amarás a Dios con todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo”.

El estudioso de la Ley le preguntó quién era su prójimo. Jesús contó entonces aquella narración del hombre botado en el camino por la acción de unos salteadores, al lado del cual pasaron dos personas religiosas que no lo atendieron para evitarse problemas. Pero el hombre fue atendido cuidadosamente por un samaritano, procedente de esa nación vecina odiada por los judíos.

Al terminar su narración Jesús preguntó: “¿Quién de los tres te parece que fue prójimo del que cayó entre ladrones?”. El maestro de la Ley contestó: “el que tuvo compasión de él”. Y Jesús le dijo: “Vete y haz tú lo mismo”.

En nuestro camino encontramos muchos que están caídos y a quienes podemos ayudar silenciosamente a veces con nuestros bienes, pero más a menudo con nuestra actitud, con nuestro cariño o nuestra palabra de aliento.

A cada uno de nosotros nos toca hacernos prójimos, es decir próximos al hermano necesitado, aproximarnos a él. Podemos hacernos prójimos de los enfermos que están en los hospitales, de los niños de la calle, de los ancianos solitarios, de los jóvenes sin horizonte. Tendríamos que hacernos prójimos de las naciones vecinas, también de los que sufren en Colombia o en África. Tendríamos que hacernos prójimos de los que viven bajo el mismo techo a quienes a veces sólo les entregamos nuestra indiferencia, prójimos de los que trabajan con nosotros, verdaderos prójimos del esposo, esposa o hijos.

Y al considerar lo poco que hacemos y nuestras caídas de todo tipo, le suplicamos a Jesús nuestro buen samaritano, que nos levante con su perdón, destruya nuestro egoísmo y nos ayude a ayudar.

18 de Julio de 2010
16° domingo del Tiempo ordinario

MÁS ALLÁ DE NUESTROS APUROS

Jesús se encuentra de paso en casa de sus amigos, Lázaro, Marta y María. Marta evoluciona por la casa para servir lo mejor posible al Maestro. Mientras tanto María sentada a sus pies lo está escuchando.

Marta se irrita porque Jesús le ha dejado todo el trabajo y se planta frente al Señor para decirle: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir? Dile que me ayude”

Jesús le responde: “Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas. En realidad una sola es necesaria. María escogió la mejor parte que no le será quitada”.

¿Qué le hace ver Jesús a Marta? Por una parte, su exceso de inquietud, por otra, su preocupación por una pluralidad de cosas. En cambio celebra en María que haya buscado una sola cosa, ser discípula, escuchar la enseñanza de este sencillo huésped de su hogar. Y que esta cosa importante la tendrá para siempre.

No reprocha a Marta que trabaje, pero le señala su preocupación extremada, su falta de paz que le va devorando el alma y la entristece.

A nosotros esas palabras de Jesús nos llaman a no dejarnos arrastrar por una actividad febril que nos desgasta. La actividad nos va erosionando y nos hace olvidar lo esencial, nos distrae de lo principal, nos va vaciando interiormente.

Trabajamos legítima y necesariamente para obtener el sustento familiar, para obtener el bienestar de otras personas, tal vez para Dios y su Iglesia, para nuestro propio bien, pero fácilmente nos vamos poniendo tensos por la misma actividad y variedad de obligaciones.

Nuestro mundo es así y no podemos añorar el antiguo ritmo campesino y provinciano. Pero se nos pide que en medio del torbellino de quehaceres y en la falta de tiempo para abarcarlo todo, interiormente nos mantengamos en paz con la mirada puesta en Jesús y escuchemos su palabra.

Es en medio de nuestras tareas y a través de ellas que la voz del Señor se abre camino hasta nuestro corazón.

Si logramos eso, estaremos obteniendo la mejor parte, que no nos será quitada en el otro sino plena y gozosamente entregada.

25 de Julio de 2010
17° domingo del Tiempo ordinario

ORAR COMO HIJOS

Crear en Dios no es sólo afirmar que existe. Es creer en su Amor manifestado en Jesucristo. Es creer en el Padre, en aquel que tiene un amor de padre por sus hijos. Es tenerle plena confianza y dejar nuestra vida en sus manos.

La oración es una forma de expresar esa confianza y de formular por lo tanto la fe en Dios. Aunque no obtengamos lo que pedimos continuamos confiando en El, pues nuestra fe no depende de tal o cual bien obtenido por nuestra súplica. Al contrario, si no logramos lo que pedimos entendemos que es por una razón que nos es desconocida. Creemos que siempre Él dispone lo mejor para nosotros aunque no sepamos cómo.

En este último caso, la oración habrá obtenido su principal objetivo, ponernos en comunicación con el Padre, hacernos más disponibles en sus manos. El Padre Nuestro, oración enseñada por Jesús, más que una fórmula para ser repetida señala una actitud del corazón. Pide que se manifieste la Santidad y el Poder de Dios entre los hombres, que su Reino llegue, que no falte el pan, que se nos perdone si perdonamos al hermano y que no caigamos en la tentación.

Así el cristiano se pone en actitud de hijo frente a su Padre y le ruega que su Reino llegue al mundo y a su corazón con todas las consecuencias que ello tiene para la felicidad humana.

El texto del Evangelio de hoy nos habla de esta enseñanza y la ilustra con la parábola del vecino tenaz e insistente que llega a pedir comida a un amigo. Y ahí se nos recomienda tener la misma insistencia cuando nos dirigimos al Padre. Dice el Evangelio que un padre no le da una culebra al hijo que le pide un pescado ni un alacrán al que le pide un huevo. Del mismo modo no negará el Espíritu Santo al fiel que se lo pide humildemente. Así oramos porque creemos en el amor del Padre.

Todo eso queda ilustrado en la primera lectura de este domingo tomada del Génesis. Abraham pide humildemente, pero con insistencia, la salvación para los justos que se hallan en las ciudades pecadoras de Sodoma y Gomorra. He ahí un diálogo de Justicia y Misericordia que revela el Corazón de Dios.

1° de Agosto de 2010
18° Domingo del Tiempo Ordinario

¿DÓNDE ESTÁ NUESTRO TESORO?

En el Evangelio de hoy, Jesús cuenta la parábola de un hombre rico que, viendo aumentar sus bienes en forma desmedida, se pregunta qué debe hacer, pues no tiene ya dónde guardar cosechas tan abundantes. Discurre entonces que debe hacerse graneros más grandes para después dedicarse a descansar, comer, beber y darse buena vida, ya que posee riquezas para muchos años. Pero Dios le anuncia que esa misma noche debe morir, ¿para quién será todo lo acumulado?

Muy adecuado resulta este texto para iniciar el mes de la solidaridad y recordar más intensamente a San Alberto Hurtado, apóstol de la juventud y de los pobres. La situación de Palestina en ese tiempo, tiene algún parecido, guardando las proporciones, con la que tenemos hoy en el mundo, en el que se concentra la riqueza en pocas manos, mientras el problema del hambre y la desocupación no encuentra todavía caminos de solución, más bien se agrava con cada nueva crisis mundial.

El Padre Hurtado levantó la voz para advertir la contradicción instalada en la sociedad chilena de entonces que se decía católica, mientras parecía mirar impasible el sufrimiento de los pobres, casi acostumbrada a esta situación.

La costumbre de ver la pobreza sin un corazón afectuosamente atento al hermano, termina por ocultarla. Entonces el gran problema de cada uno es cómo triunfar, cómo surgir, cómo ganar mucho para tener tranquilidad. Así es el caso del rico de la parábola que calcula las pérdidas y ganancias de la vida, pero no calcula la finalidad de la vida misma.

El Padre Hurtado nos mostró cómo ser “ricos a los ojos de Dios”, esto es, dando, dándose, sirviendo alegremente, sintiendo el dolor ajeno como propio, amando al pobre. Con ello nos hizo sentir el vacío de tanta preocupación humana por una felicidad sin consistencia. Y ése es el pecado mayor de la actual sociedad: construirse un mundo de fantasía en torno a las metas que propone la carrera vertiginosa por el tener fácil o por el éxito que proviene de cosas que deslumbran, pero que son vanas; todo esto favorecido y orquestado por medios de comunicación que, para subsistir necesitan promocionar lo que brilla, a costa de lo que realmente vale.

A todos nos es útil la pregunta de Jesús: “¿Para quién será lo que has amontonado?” Cuando se descubre cómo hacer para que sea de los pobres, cambia el sentido de una vida y puede cambiar el sentido de una sociedad.

8 de Agosto de 2010
Domingo 19º del Tiempo ordinario

EL VERDADERO TESORO

Dice Jesús: “No temas, pequeño rebaño, porque el Padre de Uds. ha querido darles el Reino. Vendan sus bienes y denlos como limosna. Háganse bolsas que no se desgasten y acumulen un tesoro inagotable en el cielo donde no se acerca el ladrón ni destruye la polilla. Porque allí donde tengan su tesoro, tendrán también su corazón”.

Como otras veces, el Señor nos llama a no temer, porque sabe cuán amenazados estamos siempre, cuán precaria es nuestra vida e impredecible nuestro futuro.

Nos pide no temer porque el Padre quiere darnos el Reino, lo que equivale a decir que el Padre nos ama, que no estamos solos en la búsqueda de la felicidad, sino que un Padre cariñoso la desea para nosotros, ya que el Reino es el conjunto de bienes y de felicidad que Él pone a nuestra disposición.

En vista de este don maravilloso, nos llama a vender nuestros bienes y dar su valor a los pobres, porque ninguna cosa tiene importancia en comparación del Reino que nos regala el Padre.

Por lo mismo, nos urge a mantener un tesoro inagotable en el cielo, tesoro que no estará sujeto a la incertidumbre de su posible desaparición como ocurre con las riquezas de la tierra.

La última frase del párrafo: “dónde tengan su tesoro, tendrán también su corazón”, es tal vez la más importante de este trozo de Evangelio. Equivale a decir: “Mira bien en qué has puesto tu corazón, ¿en riquezas perecederas que brillan hoy día, pero mañana serán polvo y nada? ¿Cuál es tu tesoro en definitiva? ¿te esfuerzas y luchas para conseguir qué? Que tu corazón no se contente con nada, que sea menos que el Reino de Vida y de Paz que proviene del Padre, el que Jesús ha proclamado en la tierra y que el Espíritu Santo ha iniciado en nuestros corazones.

Y agrega Jesús: “Estén preparados, ceñidas las vestiduras y con las lámparas encendidas. Sean como hombres que esperan el regreso de su señor que fue a una boda, para abrirle apenas llegue y llame a la puerta”. Son palabras que señalan la urgencia de estar atentos, poniendo el centro de nuestra vida no en nosotros mismos, sino en el que viene.

Que no estemos distraídos de lo importante, aquello que todavía es invisible a nuestros ojos.

15 de Agosto de 2010
Asunción de la Santísima Virgen

EL CANTO DE MARÍA

La madre de Jesús, la misma que, anticipando el final de la Historia está en la Gloria del Señor en cuerpo y en alma, cantó de esta manera, cuando todavía llevaba en su seno al Salvador:

“Mi alma canta la grandeza del Señor
y mi espíritu se estremece de gozo en Dios mi Salvador”

Entonó este himno como un homenaje a la grandeza de Dios, a Aquel que nuestras palabras y nuestros pensamientos nunca pueden abarcar. Dios es grande, porque es Misterio, es el Otro, el Incomprensible, el Amor infinito. Al recordarlo, María siente que una alegría inmensa estremece todo su ser.

“Él miró con bondad la pequeñez de su servidora.
En adelante todas las generaciones me llamarán feliz,
porque el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas”.

María no se exalta a sí misma, siente que el único título para que Dios ponga en ella su mirada es la propia pequeñez. Y esto vale para todos nosotros. Lo que atrae la mirada de Dios no son nuestros méritos, sino nuestra pequeñez reconocida y presentada con humildad a la Misericordia divina. Por eso las generaciones la llamarán bienaventurada, por lo que Dios ha hecho en ella, que fue darle un corazón purísimo para que en ella naciera el Mesías.

“Su Nombre es santo, su misericordia se extiende
de generación en generación sobre aquellos que le temen”

Decir que su Nombre es Santo equivale a reconocer su Misterio. En efecto por un designio para nosotros incomprensible, Dios ha extendido su Misericordia sobre todo el género humano.

“Derribó a los poderosos de sus tronos y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías”.

Al igual que Jesús, María muestra el revés de la Historia: los pobres en la abundancia y los ricos despojados. Ella misma es la demostración de esta ley del Evangelio. Ahora reina la humilde esposa del carpintero, la que acompañó a su hijo que moría en el patíbulo.

“Socorrió a Israel, su servidor, acordándose de su Misericordia”

El Dios misericordioso que ha ensalzado a la humilde flor de Nazaret, ha amado a todo su Pueblo. Por esta Misericordia del Dios que olvida todos los pecados, brilla la Virgen en los cielos y en nuestros caminos.

22 de Agosto de 2010
Domingo 21° del Tiempo ordinario

EN LAS MANOS DE DIOS

Mientras Jesús estaba enseñando, una persona le preguntó si eran pocos los que se salvarían. Él no respondió directamente a la pregunta, pero dijo: “Esfuércense por entrar por la puerta angosta. La puerta ancha lleva a la perdición”.

No quiere el Señor que nos entretengamos en hacer cálculos sobre el posible número de salvados ni en preguntarnos con temor si estamos contados entre ellos.

Nos hace comprender que el Evangelio es exigente y la puerta de salvación estrecha. Lo cual nos lleva a no tomar ligeramente su Mensaje y a no contentarnos con la mediocridad.

Si nos sentimos cristianos tibios, lo importante es no quedarnos ahí. Siempre hay que progresar en fe, en sabiduría, en amor a Dios y al prójimo. Nuestra vida cristiana no puede detenerse. Los cristianos no son necesariamente los mejores, pero han de ser los que nunca se instalan en lo adquirido, los que buscan cómo responder mejor a su vocación de hijos de Dios.

Agregó el Señor una pequeña parábola: “En cuanto el dueño de casa se levante y cierre la puerta. Uds. desde afuera, se pondrán a golpear la puerta diciendo: “Señor, ábrenos. Y él les responderá: No sé de dónde son Uds.. Entonces Uds. comenzarán a decir: Hemos comido y bebido contigo y tú enseñaste en nuestras plazas. Pero él les dirá: No sé de dónde son Uds.; apártense de mí todos los que hacen el mal”.

Efectivamente nunca hay méritos que nos aseguren la salvación. Siempre estamos en las manos de Dios y nuestra salvación es incierta.

Los que se creen cercanos al Señor no pueden sentirse seguros. El Señor anuncia que vendrán otros que parecían lejanos: “Vendrán muchos de Oriente y de Occidente, del Norte y del Sur, a ocupar su lugar en el banquete del Reino de Dios. Hay algunos que son últimos y serán los primeros, y hay otros que son los primeros y serán los últimos”.

Varias veces se repite esta ley en el Evangelio de Jesús. No basta decirse católico, asistir a Misa o tener imágenes sagradas. Sólo entran los que se esfuerzan por entrar por la puerta angosta.

Mientras tanto los sufridos, los pobres, los abandonados, todos los que ya están entrando por la puerta angosta, entrarán en el Reino. También los que confiaron sin medida en la Misericordia de Dios.

29 de Agosto de 2010
Domingo 22° del Tiempo ordinario

INVITA A LOS POBRES

“Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti porque ellos no tienen cómo retribuirte y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos!”

Pocas líneas más arriba, en el mismo Evangelio, Jesús había llamado a ocupar el último lugar: “Si te invitan a un banquete de bodas, no te coloques en el primer lugar”.

La razón aparente para esta opción es una cuestión de buena educación y de caer bien: “Puede suceder que haya sido invitada otra persona más importante que tú y cuando llegue el que los invitó a los dos, tenga que decirte: déjale el sitio, y así lleno de vergüenza, tengas que ponerte en el último lugar”. En realidad la enseñanza es más profunda.

Jesús buscó el último lugar, el de la pobreza, la persecución y la cruz. Por eso fue engrandecido por el Padre en la Resurrección. Y éste ha de ser el camino de todos nosotros.

Es vana la lucha por empinarse sobre los demás para dominarlos. Por el contrario, lo que vale es imitar la humildad de Jesús y estar al servicio de los demás, especialmente de los más pobres. No sólo ponerse en el último lugar, sino compartir con ellos, no pretender pago alguno, darse por entero sin retirar nada para sí.

Cuando en nuestra Iglesia, los pobres llegan a la cena eucarística, constituyen un signo muy fuerte de la Cena del Reino, la Futura y Eterna, a la que el Padre invita a todos sus hijos con preferencia a los más débiles.

La solidaridad brota de estos planteamientos del Evangelio. Ella nos lleva a cambiar de mentalidad: tratar de ser servidores de los pobres, ancianos y enfermos. No permitir en lo posible que nuestros hermanos sufran necesidad. No buscarnos a nosotros mismos, como Jesús que no se buscó a sí mismo y sólo quiso ocupar el último lugar.

Ojalá la realización de este mes y el recuerdo al Padre Hurtado nos lleven a todos más allá de entregar una donación. Nos lleven a darnos totalmente a la causa de los pobres.

5 de Septiembre de 2010
Domingo 23° del Tiempo ordinario

LIBRES PARA SEGUIR A JESÚS

El Evangelio de este domingo nos da a entender que “como lo seguía mucha gente”, Jesús se dirigió a sus oyentes y les hizo ver que seguirlo de verdad no era cosa fácil, porque “si alguno quiere venir conmigo y no está dispuesto a renunciar a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, hermanos y hermanas, e incluso a sí mismo, no puede ser mi discípulo” (Lucas 14, 25 y ss.).

La enumeración de lo que hay dejar no puede ser más completa y exigente: se trata de renunciar a la familia, a lo más querido, y a sí mismo. El discípulo de Cristo no debe buscar entonces el propio interés ni centrarse en sí mismo. Debe entregarlo todo y entregarse del todo.

A primera vista nos asusta esta declaración y podemos preguntarnos si el mensaje de Jesús es para todos o sólo es válido para hombres y mujeres excepcionales. El temor se acrecienta con la frase que sigue: “El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo”. Lo que en nada suaviza lo anterior, más bien lo agudiza.

Después pone dos pequeñas comparaciones: la del que empezó a edificar una torre sin haber calculado los gastos y no la pudo terminar; y la del rey que debe ponerse a considerar si va a ganar la guerra con diez mil hombres cuando el adversario viene con veinte mil. Es como si Jesús nos advirtiera: “no presuman de ser mis seguidores si no están dispuestos a considerar lo que ello implica”. Después de lo cual agrega en este pasaje: “El que no renuncia a todo lo que tiene, no puede ser discípulo mío”.

En efecto, el llamado de Jesús es extremado, conduce a renunciaciones radicales, pero no es un llamado para una elite. Es para todos, en el entendido que cada uno llegará hasta donde pueda en sus renunciaciones y que la ayuda misericordiosa del mismo Jesús a través del Espíritu Santo, permitirá suplir la debilidad humana de sus seguidores.

Lo que no podemos hacer es vivir una vida cristiana mediocre y creer que eso es el Mensaje de Jesús, como si alguien se contentara con ir a Misa a veces, o pensara que basta creer en la divinidad de Cristo sin preocuparse de lo que ha dicho ni de vivir en consecuencia con lo que él ha enseñado.

El Evangelio de Jesús es un camino exigente y hermoso. Nunca podemos darlo por terminado. Cada día hay que renovar el seguimiento y buscar cómo hacer la Voluntad de Dios que desea vernos a imagen de su propio Hijo.

12 de Septiembre de 2010
Domingo 24° del Tiempo ordinario

LOS DOS HIJOS DE UN PADRE GENEROSO

Jesús contó esta parábola con ocasión de que algunos murmuraban porque él andaba con gente de mala vida.

La historia trata de un padre a quien su hijo menor le pide la mitad de su hacienda. Este hijo se va de su casa y derrocha el dinero llevando una vida escandalosa, hasta quedar en la miseria material y moral. Sólo entonces, reacciona y regresa a casa de su padre con la esperanza de ser tratado al menos como uno de sus servidores.

Pero el padre no sólo lo perdona. Le muestra un gran cariño y una gran alegría. Hace preparar un banquete en su honor. El único que se niega a participar en la fiesta es el hermano mayor que nunca ha fallado, pero que tampoco nunca ha sido perdonado. Este muestra su enojo y envidia, mientras el padre lo sigue llamando para que participe en la alegría general: "Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo. Pero tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado".

La parábola nos muestra cómo es el corazón de Dios.

El padre parece aceptar con cariño, el servicio generoso y constante de su hijo mayor, pero le hace ver delicadamente que no puede mantener ese rencor porque el otro haya sido perdonado. En el menor se ha dado un regreso a la vida desde la muerte del pecado y esto merece celebrarse.

Se trata de una alusión a la celebración final de la Humanidad perdonada que regresa a la Casa del Padre, llevada por su Hijo único vuelto a la vida en la Resurrección después de haber muerto en la cruz, donde sepultó nuestros pecados.

Nunca podemos desconfiar del perdón de Dios, nunca tenerle miedo. Nos ama también cuando nos alejamos de El. Nos ama en nuestra debilidad y pecado. Desde la perspectiva de Dios, el pecado tiene otro signo. El pecador no puede mantener para siempre el peso de la culpa ni ser conducido sin apelación al castigo. Por el contrario, el pecado lo hace acreedor a la ternura de Dios el cual lo lleva a una Fiesta con El en la Vida Futura, y desde ahora alegra su corazón con el perdón.

Hay condiciones mínimas para todo esto: tener la humildad de reconocer el propio pecado y pedir perdón. Tener una confianza sin límites en la Misericordia de Dios. El Dios Padre de Jesucristo sólo puede ser un Dios de Misericordia. Un Dios amenazante y vengativo no sería el Dios cristiano. En ello está nuestro gozo y nuestra esperanza.

19 de Septiembre de 2010
Domingo 25° del Tiempo ordinario

LOS POBRES NOS RECIBIRÁN

La parábola de este domingo produce admiración. Un mayordomo que rebajó con trampa las deudas de lo que debían a su patrón, logró de esta manera hacerse de amigos entre los deudores.

El patrón de la historia alabó la astucia de su mayordomo para encontrar quienes lo recibieran cuando perdiera su trabajo. “Es que los que pertenecen a este mundo, continúa el Evangelio, son más sagaces con su propia gente que los que pertenecen a la luz”.

Basándose en este obrar inteligente, aunque poco honesto, Jesús concluye: “Yo también les digo: aprovechen el dinero injusto para hacerse amigos, para que cuando se les acabe, los reciban en las mansiones eternas”.

¿Por qué la gente suele ser tan diligente en sus negocios y en cambio los que han recibido la luz de Dios, los llamados a vivir en Cristo y bautizados, no ponen un empeño semejante cuando se trata de su vida eterna?

Tendríamos que hacer caso a este llamado de Jesús a tener amigos que nos reciban “en las mansiones eternas”. ¿Y quiénes pueden ser esos amigos sino los pobres, que constituyen el tesoro de la Iglesia? A propósito de ellos, dice el Profeta Amós en la primera lectura: “Escuchen esto los que aplastan al pobre y tratan de eliminar la gente humilde. Uds. dicen compraremos al indefenso por dinero y al pobre por un par de sandalias...El Señor lo ha jurado por el honor de Jacob : nunca olvidaré lo que han hecho”.

Casi sin darnos cuenta aplastamos al pobre cuando olvidamos su existencia o nos acostumbramos a que sean discriminados y nos parece natural que vivan con grandes carencias.

Tendríamos que aprovechar todo el quehacer de este mundo para hacernos amigos de los más importantes, los pobres. Ellos pueden abrirnos las mansiones eternas, porque en esas mansiones están como en su casa.

El dinero es un bien muy efímero que hoy está y mañana desaparece. Cuando deja de ser un “dios”, empiezan a surgir los verdaderos amigos y “los bienes verdaderos” a que se refiere este Evangelio.

En el mismo texto se nos recuerda que nadie puede servir a dos señores, pues amará a uno y odiará a otro, o será fiel a uno y despreciará a otro. “Uds. no pueden servir a Dios y al dinero” Esta palabra no está dirigida solamente a los que tienen grandes riquezas. Todos debemos preguntarnos finalmente para quién vivimos, a quién servimos.

26 de Septiembre de 2010
Nuestra Señora del Carmen

DÍA DE ORACIÓN POR CHILE

El Evangelio de hoy está tomado del capítulo 19 de San Juan. Allí se nos describe la muerte de Jesús y sus últimas palabras dirigidas a su madre María.

María que, en la Anunciación había aceptado que se hiciera en ella la Voluntad de Dios, colaborando así en la Redención; la que había dado a luz al Salvador en un pesebre y había seguido de lejos la predicación de Jesús; la que había intervenido en la conversión del agua en vino como un símbolo de la transformación humana, ahora acompaña a Jesús en su sacrificio supremo: “Junto a la cruz estaba su madre”.

Su presencia en este momento es significativa. María no sólo ha dado a luz a Jesús, también lo ha acompañado en su entrega redentora.

Por eso es considerada como una ayuda eficaz a la hora de suplicar por la Humanidad, lo que se ve confirmado por el episodio de las Bodas de Caná en las que la madre de Jesús intercede eficazmente, solucionando un problema doméstico de una familia humilde.

En la escena del Calvario, Jesús moribundo expresa su deseo de que se inicie para su madre una nueva forma de maternidad. En el último momento de su agonía, se dirige a ella para decirle: “He ahí a tu hijo”, refiriéndose a Juan, el discípulo más cercano a Jesús, que se encuentra al lado de María.

Se dirige después a este discípulo diciéndole: “He ahí a tu madre”. Se ensanchaba así el corazón de la madre para dar cabida a una multitud de discípulos. Juan la recibió en su casa y cada uno de nosotros la recibió en su corazón.

Desde entonces nuestra fe es vivida siempre en compañía de María. Queremos imitarla en su mirada de amor a Jesús, en su fe, en su silencio, en su paz, en su valentía para participar desde dentro en la acción salvadora por amor a nosotros.

Por lo mismo con mucha confianza, la Iglesia católica ruega a la Virgen que cuide y ayude al pueblo de Chile en su marcha por la historia.

En este mes de muchos recuerdos históricos, se pone en manos de María nuestra súplica por el pueblo chileno. Le pedimos que nos regale una paz duradera y justa con los países vecinos, y que se acuerde de los pobres de esta tierra, especialmente de los sin trabajo, los enfermos, los niños, los encarcelados, los jóvenes marginados del trabajo y del empleo.

3 de Octubre de 2010
27° Domingo del Tiempo ordinario

ESCUCHAR A JESÚS

El Evangelio de este domingo nos habla del perdón, de la fe y del servicio, tres disposiciones que levantan el alma, y también tres elementos para un mundo mejor.

Dice Jesús: “Si tu hermano peca, repréndelo, y si se arrepiente, perdónalo. Y si peca siete veces al día contra ti, y otras tantas vuelve a ti, diciendo: “me arrepiento”, perdónalo”.

Nos resulta difícil vivir en estado permanente de perdonar. Pero hemos de hacerlo de buen ánimo cuando nos lo dice aquel que perdonó a los que lo estaban crucificando.

Otro mundo tendríamos si perdonáramos habitualmente la frase hiriente, la calumnia o la difamación, la burla, la ironía destructora y hasta el pensar diferente o esos modos de ser que no nos agradan en otros. Todo, absolutamente todo ha de ser perdonado. Para que verdaderamente hagamos presente a Jesús resucitado en medio de nuestro mundo.

Los Apóstoles dijeron a Jesús: “Auméntanos la fe”. Y él les respondió: “Si Uds. tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza, y dijieran a esa morera que está ahí: “Arráncate de raíz y plántate en el mar” ella les obedecería”.

No podemos hacer crecer la fe por nuestro puro esfuerzo. Pero podemos disponer nuestro corazón para recibirla. Podemos pedir incesantemente un aumento de la fe. Podemos escuchar las palabras que Jesús dijo sobre ella. Podemos mirar afectuosamente la realidad que nos rodea y sentirla saliendo de las manos de Dios. No contentarnos con una religiosidad de pura costumbre. Por el contrario, vivir dramáticamente y a la vez confiadamente el hecho de una fe vacilante como es la nuestra.

Finalmente Jesús pidió que cumpliéramos con las exigencias del Evangelio con toda sencillez y humildad sin sentir que hacemos una gran cosa: “Cuando hayan hecho todo lo que se les mande, digan: “somos simples servidores, no hemos hecho más que cumplir con nuestro deber”.

Por lo tanto nos pide decir todo eso cuando hayamos sido los empleados de nuestros hermanos, cuando hayamos llevado la cruz sin queja, cuando nos hayamos negado a nosotros mismos, cuando hayamos dado todo el tiempo, todo el quehacer y hasta la vida por nuestros hermanos, sin representarlo ni exigir reconocimiento.

Todo ello alegra lo corazón y mejora el clima humano.

10 de Octubre de 2010
28° domingo del Tiempo ordinario

GRATITUD

En su camino a Jerusalén para el sacrificio supremo, Jesús vive un episodio que constituye un llamado a ser agradecidos.

Diez leprosos piden a gritos a Jesús que los sane. Se detienen a distancia como tenían que hacer los que sufrían la “impureza” de la lepra, exclamando: “Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros”. La escena ya nos muestra que la lepra es signo del pecado y de nuestra condición de miseria.

La súplica de los leprosos nos recuerda el “ten piedad de nosotros”, invocación tradicional de los monjes durante su día de trabajo, invocación que también es empleada con frecuencia en nuestra liturgia. Desde lo hondo de nuestra condición humana, desde la raíz de nuestro ser, suplicamos al Señor que se apiade de nosotros, con un clamor espontáneo que brota como la oración básica de la que fluye toda otra oración.

Jesús atiende esta súplica y envía a los leprosos a presentarse a los sacerdotes como estaba prescrito para quienes estimaban que habían sanado de su enfermedad. Pero después ellos descubren que efectivamente han quedado limpios de su lepra. Mientras nueve de ellos continúa el camino al Templo para conseguir su certificado de persona sana, uno de ellos regresa para dar gracias a su bienhechor.

Jesús parece admirado de que uno solo haya regresado a dar gracias y que éste sea samaritano, es decir no judío, no perteneciente al pueblo elegido y parte de un país enemigo. A éste en especial le dice: “Vete, tu fe te ha salvado”. Como señalando que los otros están sanados en su carne, pero éste ha sido renovado integralmente porque ha reconocido a su Señor y se ha abierto a la vida que de él brota.

Ya en la relación entre humanos. La gratitud tiene valor y pone un clima de fraternidad, mientras que la ingratitud tiene una particular fealdad.

En la vida cristiana, la Acción de Gracias ocupa un lugar importante. Dar gracias a Dios es devolverle a Él su Gloria, es reconocer su Grandeza y Misericordia. El alma se ensancha por el agradecimiento como disponiéndose a recibir más regalos de Dios. Se dispone para unirse a Él y empieza a vivir algo de su Vida divina. Por el contrario el mal agradecido se repliega sobre sí mismo, se empequeñece, no respira el aire de Dios.

En la Eucaristía, que significa Acción de Gracias, hacemos sacramentalmente nuestra, la Obra de Cristo. Pablo Fontaine ss.cc.

17 de Octubre de 2010
29° domingo del Tiempo ordinario

NO CANSARSE DE EXIGIR JUSTICIA

Jesús cuenta otra parábola en el Evangelio de hoy. Un juez que “no temía a Dios ni le importaba nada” se muestra insensible con una viuda pobre que le implora justicia contra el abuso del que está siendo objeto.

Nada logra con sus súplicas, pero persiste en su petición hasta obligar al juez a que la atienda. Lo gana por cansancio “para que no llegara a romperle la cabeza”.

Comentando la parábola, Jesús dijo: “Fíjense en lo que dice el juez injusto. ¿No hará entonces Dios justicia a sus elegidos que claman de día y de noche? ¿Los hará esperar? Yo les aseguro que pronto les hará justicia”.

El Señor sugiere que la respuesta a veces demora. Todos tenemos la experiencia de estas demoras de Dios. Las tienen ampliamente los pobres del mundo entero. La permanente desigualdad social de nuestro país es un estado de injusticia habitual, de la cual todos o casi todos, tenemos conciencia clara, sin embargo las soluciones demoran. El Papa dijo en Chile: “los pobres no pueden esperar”. Pero eso es lo que hacen siempre. Esperan y esperan, de padres a hijos, mientras una minoría de ellos obtiene acceso a cauces que les permitan una mejor situación.

Si representamos simbólicamente la sociedad por el juez inicuo, podemos esperar que los pobres, aumentando su conciencia de ser postergados injustamente, creciendo cada día en cohesión y fuerza, vean algún día cumplidas sus justas aspiraciones.

Todos nosotros delante de Dios como Juez universal, comprobamos la demora de la justicia, pero ésta nos hace redoblar la súplica y la esperanza, mientras se fortalece una fe que no ve resultados pero prosigue con insistencia en su petición.

Es que la fe, como movimiento del espíritu que se apoya en Dios, que acepta su Palabra y confía en sus promesas, es condición para ser escuchado en lo alto.

Jesús se pregunta en este párrafo del Evangelio si cuando venga el Hijo del Hombre encontrará fe en la tierra. Deja en suspenso la respuesta. Pareciera indicarnos que, en ese caso, debemos ir contra la corriente. Aunque quedara poca fe en la tierra, sus seguidores habrán de seguir creyendo porfiadamente y suplicando insistentemente por su salvación y la del mundo entero.

A tal oración estamos llamados.

24 de Octubre de 2010
30° domingo del Tiempo ordinario

SOMOS PECADORES PERDONADOS

En el Evangelio de hoy, Jesús pone ante nuestros ojos, mediante una parábola, la figura de un miembro de la secta de los fariseos. Los fariseos se esmeraban en cumplir la Ley de Moisés a la letra y se ufanaban de ello. El fariseo de esta parábola hace una oración en que se le ve muy satisfecho de sí mismo, hasta llegar a decir: “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres”.

Mientras tanto un publicano, personaje considerado un pecador público y objeto de desprecio en el juicio de la gente, se halla también en el Templo, haciendo oración. Pero éste no se atreve a levantar la vista y se golpea el pecho diciendo: “Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador”.

El fariseo, con mucho orgullo, piensa que es el poseedor de su virtud, agradece lo bueno que hay en él, pero en la enumeración de sus méritos olvida considerar lo que Dios le ha regalado y todo lo atribuye a sus propios méritos; además desprecia al publicano y a todo hombre pecador.

El publicano en cambio tiene conciencia de su pecado y espera de Dios el perdón. Cree en el amor gratuito de Dios. Entiende que a Dios se sube bajando y no con la soberbia o la satisfacción de sentirse buen cumplidor de la Ley.

Tiene el Señor un juicio reprobatorio de los que tienen la convicción de estar obrando bien en todo, sin preguntarse siquiera si realmente su acción será la justa. Y más reprobable si se agrega el ingrediente del desprecio hacia el pecador.

Jesús estuvo siempre muy lejos de esa actitud: se acercó a la gente de mala fama, comió con ellos y hasta llamó a alguno a ser su apóstol.

Todos siempre somos pecadores perdonados, hechos justos por bondad divina. Es la lección de la Escritura y es el aprendizaje de la vida misma de todo cristiano que reconoce los movimientos de su corazón y la acción del Espíritu en él.

El Libro llamado el Eclesiástico que se lee hoy dice: “La oración del humilde atraviesa las nubes y no para hasta alcanzar su destino”.

Cuando reconocemos esto en nosotros, somos el publicano de este Evangelio y nos alegramos de ello.

31 de Octubre de 2010
31° domingo del Tiempo ordinario

UNA CONVERSIÓN

Nos cuenta el Evangelio de este domingo un episodio ocurrido en la ciudad de Jericó donde un hombre llamado Zaqueo se convirtió al Señor Jesús y en ello encontró su gozo.

Era Zaqueo un recaudador de impuestos de muy mala fama, pues se había enriquecido despojando abusivamente a los pobres cobrándoles impuestos excesivos.

Sin embargo este hombre, al saber que venía Jesús, deseó verlo. Como era de pequeña estatura, se subió a un árbol para verlo cuando pasara. Su estupor fue grande cuando, al pasar Jesús cerca del árbol, miró hacia donde estaba Zaqueo y le anunció que iría a verlo a su casa.

Zaqueo, gozoso, corrió a su casa donde recibió a Jesús como huésped. Los vecinos murmuraron porque Jesús iba a casa de un pecador, pero Zaqueo le dijo al Maestro que en adelante daría la mitad de sus bienes a los pobres y devolvería el cuádruple a quien hubiera despojado de sus bienes.

La conversión de Zaqueo comenzó con un deseo de ver a Jesús. Tal vez el Señor nos hace a todos un gran regalo cuando nos da el anhelo de conocerlo, de entrar en su amistad. El deseo de Dios suele ser un buen comienzo de conversión y santificación. A veces ese anhelo se manifiesta en formas menos claras. Por ejemplo, el deseo de vivir más de acuerdo con la propia conciencia, el hastío de una vida desordenada o la nostalgia de tener un corazón que ponga su norte en lo espiritual, etc.

Todas éstas son formas de aspirar por diversos caminos a la unión con Dios. Y cuando se va por tales caminos se empieza a experimentar una alegría nueva. Como Zaqueo que se sube a un árbol como un niño, y como un niño baja corriendo para recibir a Jesús en su casa.

Qué importante es que Jesús no sea para nosotros un puro nombre o un lejano personaje histórico. Debemos abrirle la puerta de nuestro corazón para que sea de verdad nuestro huésped. Que algún día pueda decirse de nosotros lo que Jesús dijo a Zaqueo: “Hoy es día de salvación para esta casa”.

Finalmente la conversión de Zaqueo tuvo como efecto inmediato el compartir sus bienes con los pobres. Ellos son siempre un llamado a la conversión y un camino para encontrar a Jesús. Su cercanía es también causa de alegría.

La conversión de Zaqueo nos invita a una alegría semejante.

7 de Noviembre de 2010
32ª Domingo del Tiempo ordinario

RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

Unos Saduceos, de la secta judía que negaba la resurrección de los muertos, se acercaron a Jesús y le pusieron el caso de una mujer que, casada sucesivamente con siete hermanos, que fueron muriendo sin dejar hijos, murió después de todos ellos. La pregunta es: en la resurrección ¿de quién de esos hermanos será mujer?

Jesús les respondió haciendo ver que el tipo de vida de los resucitados es diferente de la nuestra: “los que sean considerados dignos de la vida futura, cuando los muertos resuciten, no se casarán, y es que ya no pueden morir, pues son como los ángeles: son hijos de Dios, porque han resucitado”.

Jesús agregó que Moisés dio a entender que los muertos resucitan cuando “llama al Señor, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Éxodo). No es un Dios de muertos, sino de vivos, pues, para Él todos están vivos”.

En efecto, Dios está por encima de la muerte. Él vence la muerte. Su ámbito propio es la Vida, la Vida infinita y plenamente gozosa. Los humanos entran en esa Vida, para nosotros inimaginable, y allí esa realidad humana es iluminada de una nueva forma.

Esto no lo tenemos por ciencia ni experiencia. Sólo por la palabra de Jesús, Revelador del Padre, el cual se manifestó a sus primeros seguidores bajo este mismo resplandor propio del Resucitado.

Esos discípulos entregaron sus vidas por certificar que habían tenido encuentros con el mismo Jesús a quien habían visto morir y con quien habían compartido una vida azarosa de predicación y de persecución. Después compartieron con él la mesa y una nueva cercanía que los colmó de un gozo indecible.

La certeza de nuestra futura resurrección le da sentido último a la totalidad de nuestra vida humana, haciéndola desembocar en el océano de la vida divina. Por ello todo lo que vemos perderse y desaparecer, todo lo que se corrompe y parece olvidado, toda realidad se conserva en lo que tiene de más valioso.

También la resurrección es impulso para dar la vida por cada hermano y motor que nos hace cooperar con entusiasmo en el crecimiento humano.

Viviremos para siempre con Jesucristo, todos los santos, todos los seres queridos, viviremos con el Dios de Abraham, De Isaac y de Jacob.

14 de Noviembre de 2010
Domingo 33° del Tiempo ordinario

PERSEVERAR EN LA CONFIANZA

Jesús, al anunciar en el Evangelio de hoy, la destrucción del Templo de Jerusalén, atacaba la seguridad y el orgullo de Israel. ¿Qué podía quedar firme y seguro si el Templo era destruido? Ese Templo, lugar sagrado como ninguno, era considerado indestructible, sin embargo Jesús no teme anunciar que de toda esa belleza no quedará piedra sobre piedra.

En el discurso que sigue, continúa describiendo calamidades: guerras, hambres, pestes en el mundo entero. Este cuadro nos parece conocido y cercano. Nuestro tiempo enfrenta calamidades de enormes dimensiones. Basta pensar en el SIDA, el terrorismo, los secuestros, las guerras interminables y particularmente mortíferas, el narcotráfico, la pobreza masiva con su mortandad infantil que destruye el alma de los hogares, etc.

Y este mundo se apronta para encontrarse con calamidades peores: el Recalentamiento de la tierra, la pérdida de ozono, las bombas de destrucción total en manos poco fiables, etc.

En nuestro mundo nada es seguro. Todo parece frágil. Más allá de esta constancia se da el hecho de la inseguridad esencial del ser humano, la de todos los tiempos, hecha más aguda en algunos, como el nuestro.

Pero al final de este trozo del Evangelio, Jesús agrega “Todos los odiarán por causa mía. Pero ni un cabello de su cabeza se perderá. El que persevere se salvará”.

Es decir, el Señor es más fuerte que todos los ataques del exterior. No debemos desanimarnos. El que ha criado y salvado a sus criaturas, tiene cuidado de ellas, hasta de un cabello de su cabeza.

Debemos crearnos por dentro un espíritu firme. Debemos creerle al Señor cuando nos dice que la perseverancia nos salvará. Es la constancia en el amor, es la confianza en Aquel que es nuestro Padre desde el Bautismo en cuyas manos hemos puesto nuestra esperanza. Es la fe en las palabras de paz que Jesús dirige a sus amigos.

Los adultos le estamos entregando a las generaciones jóvenes un porvenir muy incierto. No podemos aumentar su desconfianza comunicándoles nuestros miedos.

Tenemos que decir con nuestras vidas, más que con las palabras que ni un cabello de su cabeza se perderá y que Dios es el Padre de todos.

21 de Noviembre de 2010
Cristo Rey

JESUCRISTO EL REY

Jesucristo es Rey. No sólo en el sentido de que Dios gobierna el Universo. Es Rey en cuanto hombre, por cuanto ha vencido la muerte y el pecado con su propia Muerte y Resurrección. Su Cuerpo, actualmente vivo, conserva las llagas de la Pasión para hacer presente cuánto les costó redimirnos y llamarnos a la felicidad de su Reino.

Mientras colgaba en la cruz, el Señor recibió todas las humillaciones, burlas e insultos, primeramente de las autoridades de su pueblo. Decían: “Ya que salvó a otros, que se salve a sí mismo, para ver si es el Cristo de Dios”.

También se burlaban los soldados gritándole: “Si eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo”. Citaban así la causa de su condena, la que aparecía en el letrero que estaba sobre la cruz: “Éste es el rey de los judíos”. Uno de los ladrones crucificados con él, también lo increpaba: “Si eres el Cristo, sálvate y sálvanos a nosotros”.

Jesús que se había declarado rey ante el Gobernador Pilato, era insultado como malhechor y ridiculizado como embustero.

Sin embargo, el otro ladrón crucificado junto a él, movido interiormente por una fe sorprendente en este rey tan desprovisto de poder y de honores, le dice: “Acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino”. Presiente que ese hombre pobre, destruido por los malos tratos, el desprecio y la burla, es el enviado de Dios para salvar a los hombres.

A esta conmovedora súplica, contesta Jesús con una palabra digna de un rey: “En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Algunas personas se admiran al ver tanto sufrimiento en un hombre que tenía todo el poder para destruir a sus verdugos. ¿Por qué se dejó tratar de este modo pudiendo evitarlo? Nunca es fácil explicar los designios ocultos del Señor, pero podemos ensayar una respuesta, al considerar la totalidad de vida y mensaje: Jesús quiere salvar a la Humanidad desde la pobreza y la humildad. Su fuerza no debe brotar de la riqueza ni de las armas. Reside más bien en su entrega de amor, en su generosidad en su sacrificio hasta dar la última gota de su sangre por sus hermanos. Así nos mostraba además cuánto nos amaba.

Éste es el Rey de los cristianos, el que la Iglesia proclama con alegría en la fiesta de hoy. Esa es el momento de valorar la forma en que se da esa realeza. Esa forma humilde determina el camino para sus seguidores. Éstos han de aceptar la pobreza y la muerte al anunciar el Reino de Dios. No están para dominar sino para servir y dar vida.

28 de Noviembre de 2010
1er. Domingo de Adviento

DIOS CUMPLE SUS PROMESAS

“Yo cumpliré la promesa” son las primeras palabras de las lecturas de este primer domingo del Año Litúrgico en el comienzo del nuevo año cristiano.

Como gente ya algo cansada del trabajo del año y de sus penas, podemos escuchar con alegría de labios del Señor que su Promesa de Felicidad está por cumplirse. Éste es el momento para escuchar esas otras palabras de este domingo: “Tengan ánimo y levanten la cabeza, porque está por llegarles la liberación”

Vivimos de esperanza, pero no de una esperanza vana, no de promesas efímeras o dudosas. Jesús ha venido al mundo para anunciar la gran Promesa de Liberación: Liberación del pecado y de la muerte, de la enfermedad y de todo sufrimiento humano, de la injusticia y la pobreza, del desprecio y la marginación.

Y como garantía de su cumplimiento están sus palabras, gérmenes de vida, sus palabras llenas de sabiduría (algunos contemporáneos dijeron: “nadie ha hablado como éste”). Están su trabajo y su bondad inagotable con los pobres, enfermos y pecadores, sus obras de sanación admirables, el valor de su testimonio, su muerte aceptada con valentía y su Resurrección atestiguada por discípulos que se dejaron matar por dar testimonio de ella.

Nació, predicó y murió para anunciar su promesa de Salvación. Su vida no tiene otro sentido. Si estuviéramos engañados, lo estaríamos por Dios. Además ese gozo que esperamos para el futuro no es sólo del futuro. Nos es dado ahora saborear y entender “cuán bueno es el Señor”. Su presencia en cada vida particular es presencia gozosa y estimulante. Su presencia en la comunidad orante de discípulos es también objeto de una experiencia que fortifica y levanta el alma. Su presencia en la misión del cristiano, entre errores y retrasos, es un continuo impulso a seguir a Jesús como lo hicieron Teresita de los Andes, Alberto Hurtado, Damián de Molokai y tantos otros que esperaron el advenimiento del Señor para sus vidas y para el mundo.

Todo nos dice que no debemos temer. El futuro está en las manos del Señor, es decir, en las mejores manos. Podemos levantar nuestras cabezas porque ya llega nuestra liberación.